

BOLSILIBROS

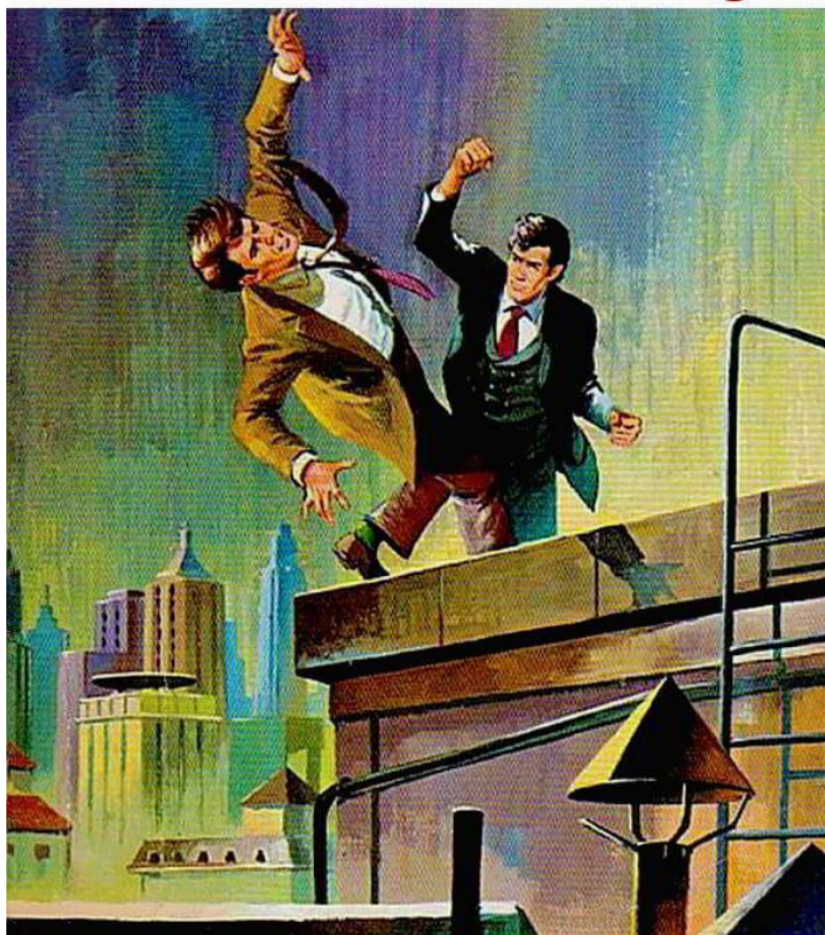


SERVICIO SECRETO

¿ se llama usted John, amigo ?

de

vic logan



Nueva York, 6 de la madrugada.

La *boîte* olía todavía a tabaco, a alcohol.

Las luces alucinantes habían cesado. Los músicos guardaban sus instrumentos y las *gogo girls* habían dejado sus altos pedestales.

Cuatro camareros recogían vasos y botellas de encima de las mesas, de las repisas, de todas partes.

Dos mujeres barrían el sucio suelo que luego tendría que encerarse otra vez para que estuviera reluciente cuando el local volviera a abrirse por la noche.

Los dos últimos clientes se retiraron.



Vic Logan

¿Se llama usted John, amigo?

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1144

ePub r1.0

Titivillus 30-11-2019

Título original: *¿Se llama usted John, amigo?*

Vic Logan, 1972

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Nueva York, 6 de la madrugada.

La *boîte* olía todavía a tabaco, a alcohol.

Las luces alucinantes habían cesado. Los músicos guardaban sus instrumentos y las *gogo girls* habían dejado sus altos pedestales.

Cuatro camareros recogían vasos y botellas de encima de las mesas, de las repisas, de todas partes.

Dos mujeres barrían el sucio suelo que luego tendría que encerarse otra vez para que estuviera reluciente cuando el local volviera a abrirse por la noche.

Los dos últimos clientes se retiraron.

Estaban algo bebidos, pero aguantaban bien. Sonreían.

El más alto llevaba pantalón de ante negro y jersey de cuello alto del mismo color.

Al salir a la calle bajo la mortecina luz del alba, se enfundó una chaqueta de cuero negra también y se echó hacia atrás el pelo, largo, pero sin que le colgara por el cogote.

—Vamos a mi estudio a tomar algo. Nueva York es cada día más aburrido.

Su compañero era algunos centímetros más bajo, pelo rubio, más corto, vestía traje claro y camisa floreada, sin corbata. Se cubría con un chaquetón *beige* acharolado.

—Pudimos haber salido con aquellas chicas —dijo—. No estaban mal.

—¡Bah! Cada día lo mismo. Se aburre uno —repuso el otro, dirigiéndose hacia un «Cadillac» color crema.

—Oye, conduce tú. Toma las llaves —dijo el más bajo.

—¿Estás trompa? —sonrió el otro.

—No. Pero me encuentro «espeso». No quiero líos. Tú aguantas mejor... o sabes disimular mejor.

El del jersey negro se encogió de hombros y se metió en el vehículo, tras echar un vistazo a la calle desierta todavía.

Soplaba viento del lado del East River.

Introdujo la llave en la ranura del contacto y abrió la otra

portezuela para que entrara su amigo.

Dio el encendido y aguardó antes de poner el vehículo en marcha. Se miró por el retrovisor:

—Fíjate... ¡Qué aspecto! Lyn Brent, veinticuatro años, un golfo... Esto es lo que diría mi padre.

—Voy a tomarme una ducha fría en tu casa. Yo no quiero llegar con ese aspecto —dijo el otro.

—Tu padre no gruñe como el mío, Jim. ¡Si le oyeras!

—Pero basta con verle. No pregunta nada, pero con mirarte es suficiente.

—¡Bah! Tonterías...

—Me pregunto si a veces no tienen razón.

—¿Quién tiene razón, Jim?

—Nuestros viejos.

—¡Tonterías!

—No hacemos nada de provecho.

—¿Y qué vamos a hacer? El mundo está perdido y ni tú ni yo hemos pedido venir a él. ¿No? ¡Pues entonces la pasarlo bien! Sólo que...

Hizo una pausa, carraspeó y añadió:

—Es todo tan aburrido. ¡Siempre lo mismo!

—Yo no me quejo. Otros no pueden hacer lo que nosotros... Ni tienen un coche como éste... El «Cadillac».

—¿Te lo regaló el viejo?

—Sí... Fue su último regalo, cuando me gradué.

Un policía estaba efectuando la ronda. Lyn Brent se fijó en él apenas dobló la esquina.

—Mira ése... Cada vez que veo un uniforme... Me dan ganas de...

—No continuó.

—Vámonos a tomar ese trago.

—¡Oye! Acaba de ocurrírseme algo —dijo de pronto Lyn, pellizcándose la barbilla.

—¿Qué?

—¿Por qué no denuncias que te han robado el coche? Hay un teléfono en la otra esquina. Una cabina. ¡Vamos!

—¡Espera! ¿Para qué esa tontería?

—Pues... para hacerles trabajar un poco. Nos pasearemos por delante de sus narices... Y si nos persiguen les haremos correr.

—¡Oh! —El otro hizo un mohín de fastidio—. ¿Por qué?

—¡Para divertirnos un rato! ¿Te imaginas? Nos dejamos coger y entonces vendrá lo bueno. —Imitando una voz grave añadió—: «Permiso de conducir», y yo contesto: —«Aquí tiene, señor agente —. Y siguió imitando la posible conversación: —“¿Es suyo este coche?”. No, agente, es de mi amigo. Este que está a mi lado. ¿Qué pasa? Documentación del coche. Y yo te pido los documentos. Comprueban que el coche es tuyo y el agente dice: “Este coche ha sido denunciado como robado”. Y yo contesto: «Deben haberles tomado el pelo, señores... Hace bastantes horas que mi amigo y yo vamos en el “Cadillac”. Y basta ya de charla, porque nos está haciendo perder un tiempo precioso. Luego nos mirarán con recelo como si intuyesen la verdad. Les pincharé y se desmandan... Tú ya sabes lo que haré si se desmandan, ¿no?

—Olvida esto —repuso Jim.

—¿Por qué? ¿No lo encuentras divertido?

—¡Bah! —repuso Jim.

Lyn Brent pisó el gas y el automóvil se alejó del aparcamiento.

—¿No lo hacemos entonces?

El otro se encogió de hombros.

Lyn sonrió.

—Vas a ver.

Aceleró, dobló la esquina y se detuvo delante de una cabina.

—Voy a llamar.

Jim se quedó en el coche mientras su compañero entraba ya en la cabina, introducía las monedas y marcaba un número.

Desde el vehículo Jim podía verle hablar a través del aparato telefónico.

Lyn empleó varios minutos y luego salió riendo.

—¡Ya está! —dijo— entrando en el coche y poniéndolo en marcha nuevamente.

—Creo que nos hemos metido en un lío... Si se huelen el truco nos harán la prueba del alcohol. Pueden condenarte por conducir bebido.

—¿Quién está bebido? Yo aguanto la bebida mejor que nadie, y tú tampoco te portas mal.

—Bueno, por si acaso primero déjame tomar esa ducha en tu estudio.

El auto desembocó en la Lexington Avenue y más allá cruzaron por

el Waldorf Astoria entre las calles 49 y 50, siguiendo en dirección norte.

Jim hizo un gesto de contrariedad.

—No debí dejarte conducir.

—¿Por qué?

—Vamos hacia el Norte.

—Bueno.

—Tu estudio está en El Village.

—Calle 8, al Sur, lo sé.

—Entonces.

—No me interrumpas. Estoy pensando. Cuando pienso me gusta conducir...

—Está bien, está bien. No discuto.

Lyn sonrió. Parecía estar madurando otra de sus ideas en incubación.

—Jim... Ya sé lo que podríamos hacer.

El otro se encogió de hombros.

—Yo tomarme un baño.

Viró hacia la derecha bruscamente y se detuvo delante de un cine. Había un cartel monumental que anunciaba una película de crímenes.

—¿Has visto esta película? —inquirió.

Jim miró y negó con la cabeza.

—Sabes que voy poco al cine. Siempre es lo mismo.

—Hay un tipo que comete un crimen. Todo va bien, pero para que triunfe la justicia al final le cogen... por un error de lo más tonto.

—¿Y qué...?

—Pues que no deberían cogerle.

—¿Y qué más da?

—Jim... Podríamos cargarnos a alguien.

—¿Estás loco?

—No, Jim. ¡Al contrario! Sería una sensación nueva...

—¡Oh!

—De veras... Liquidamos a alguien cualquiera, en medio de la gente, cuanta más gente mejor —sonrió abiertamente—. Apuesta a lo que quieras a que jamás dan con nosotros.

—¿No hablarás en serio?

—Yo sí, Jim. Completamente en serio... ¡Y esto sí que será

divertido! ¡Muy divertido!

Y puso en marcha otra vez el coche, pisando el acelerador a fondo.

CAPÍTULO II

Era un estudio moderno que contrastaba con el vetusto y antiguo Village.

Lyn Brent se había tomado un buen *whisky* y estaba escanciando otros dos, para sí y para su compañero.

—¿Tienes miedo? —sonrió.

—No es miedo, Lyn —repuso su compañero—. Pero... matar a alguien... Esto es serio. Todavía existe la pena de muerte en Nueva York.

—¿Y qué? ¿Quién nos va a identificar? «Han sido dos jóvenes» —dirán, y hasta puede que alguien logre describirnos más o menos bien. Pero apuesta a que por lo menos salen veinte versiones diferentes de nuestros respectivos aspectos y cada una de esas versiones coincidirá con la de cientos de miles de hombres de nuestra edad.

Jim tomó su trago y su compañero le sirvió otro.

—Quería ducharme y sigo bebiendo como un loco.

—¿Te entusiasma la idea, eh? Es excitante...

—Pero...

—Tú siempre dijiste que te gustaría hacer algo nuevo. Pues ahí está. Matamos a un tipo cualquiera. Nada nos relaciona con él. No hay móvil. ¡Será formidable leer los periódicos con las sandeces de siempre! ¡Pedirán la cabeza a la policía! Grandes titulares dirán: «Ya no se está seguro ni en pleno día en nuestra ciudad».

Lanzó una carcajada.

A Jim los nuevos tragos de alcohol le habían hecho efecto y rió también.

—La verdad es que eres diabólico...

—Buscamos a un hombre. Uno cualquiera. En la guía —y saltó hacia el listín telefónico—. Un tipo que tenga una oficina en un gran edificio, con un vestíbulo grande... ¡Es fantástico! Desde este momento estamos eligiendo a la futura víctima.

Jim se sirvió él mismo un nuevo trago.

—¿Qué te parece un tipo que se llame Peter...? Dame un nombre.

—¡Pero qué más da!

—¡John! Eso es... Ya lo tengo... Tú irás hacia el hombre y le gritarás: ¡Eh, John! Usted se llama John, ¿eh amigo? El tipo se detendrá. Entonces saldré yo y ¡zas!

—¿Con qué?

—Algo seguro. ¡Espera! ¿Te acuerdas de algo que compré hace algún tiempo? Debe de estar por ahí.

Soltó el listín y buscó en un cajón. Sacó un revólver de pequeño calibre.

—Esto no se ve. Carga un par de balas. Serán suficientes. Tendré que probarlo primero.

—¡Aquí no! ¡Se oirá!

—No. Lo haré pegando el cañón en la almohada.

Avanzó hacia la cama ancha situada en un extremo del salón único y convertido aparentemente en un gran sofá. Tomó una de las almohadas y aplicó el cañón del pequeño revólver en ella. Apretó el gatillo.

La detonación quedó notoriamente apagada. Del colchón salía una columna de humo.

Al retirar el revólver apareció el agujero ennegrecido por los bordes.

Volvióse hacia Jim, que se había levantado, y sonrió. Jim sonrió también.

—¿Quieres hacerlo tú?

—Pues no sé...

—Uno tú y otro yo. Empieza tú si quieres, si no, tanto me da. El plan es el mismo. Uno llama la atención al tipo, el otro sale y le dispara. Se arma la confusión y salimos corriendo.

—¿Y qué tomamos? Has denunciado a la policía que nos han robado el coche.

Tienen la matrícula. Si alguien la toma...

Jim se sentó sobre la cama y quedó pensativo.

—Es verdad.

—Tendríamos que utilizar otro coche...

—Robado.

—Sí. Pero olvídalo. Nos estamos complicando la vida.

—¡Espera! ¡Ya lo tengo!

Jim se volvió para esperar que el otro le aclarara lo que acababa de

pensar.

Lyn Brent continuó:

—Ni que lo hubieses hecho expreso, Jim... Hemos denunciado el robo del coche, ¿no?

—Sí, ¿y qué...?

—Es difícil que den con él tan pronto —consultó el reloj—. Son ya más de las siete. A las ocho o poco más, los edificios comenzarán a llenarse. No creo que dentro de una hora hayan dado con el «Cadillac». Los hay que se pasan semanas sin ser encontrados.

—Bueno, pero...

—Espera, Jim. ¡Mejor incluso que alguien anote la matrícula! Tú has denunciado el robo. He sido yo, pero para el caso es lo mismo. Oficialmente el coche está en poder de unos ladrones.

—Sí, es verdad.

—Entonces una vez estemos lejos lo abandonamos en cualquier lugar y regresamos en el subway, en el autobús o en taxi. Tú cuentas en tu casa que te han robado el «Cadillac» mientras estabas en la *boîte*. Es lo que yo dije a la policía cuando denuncié el robo.

—Pero es peligroso. Si en aquellos momentos la policía observa el vehículo...

—Elegiremos un edificio que tenga un *parking* cercano. Hay uno en... Espera. Déjame ver el listín.

Rápidamente, como si todo estuviera ya en marcha y sólo faltara cuidar los pequeños detalles, Lyn Brent tomó el listín en busca de la calle, del edificio y de una víctima.

El futuro crimen iba en serio.

En Nueva York y posiblemente dentro de una hora escasa alguien iba a morir.

—¡Ya lo tengo! —exclamó—. Está en la Tercera Avenida.

Con el índice recorrió la columna de nombres.

—Aubrey, Astor. ¿Qué te parece éste? Aldrich. John Aldrich.

—¿Qué más da? ¿Por qué no lo elegimos al azar?

—Porque si preguntamos por alguien determinado resulta más desconcertante para la policía, ¿comprendes? Buscarán móviles, esto les dará bastante trabajo. Nunca podrán imaginar que nos hemos cargado a un tipo sin motivo alguno, sólo para... para divertirnos. ¡Es tan fácil!

Jim había perdido ya la cuenta de los tragos que llevaba desde que

habían llegado al estudio de Lyn.

—Estoy mareado —dijo.

—Toma un poco de café. Pon en marcha el aparato. No falles ahora.

—Es que todo esto... No sé, tengo un presentimiento.

—No seas estúpido. Aquí no puede fallar nada. ¡Absolutamente nada!

Consultó el reloj.

—Las siete y cuarto. Dentro de una hora todo habrá terminado. ¡Vamos! Ahora soy yo quien va a ducharse y me cambiaré de ropa. Coge tú algo también. Que resulte corriente. Luego si conviene lo tiramos.

—Es igual. Yo ya estoy bien así. Lo que llevo es bastante normal.

—¡Como quieras! Prepárame también un café para mí. Ahora es cuándo hay que estar sereno, Jim...

—No sé, no sé...

A pesar del alcohol ingerido, Jim no parecía del todo convencido de la «hazaña» que había ideado su amigo.

Mientras la cafetera eléctrica se calentaba volvió hacia la mesita donde el listín telefónico permanecía todavía abierto.

Buscó el nombre señalado por Lyn Brent.

Bajo la ducha, sonriendo y excitado, Lyn recibía la caricia del agua. Eran las siete y diecisiete minutos.

—Sí. Dentro de una hora un hombre completamente ajeno al peligro, iba a ser asesinado sin motivo alguno.

John Aldrich tenía los minutos contados.

Pero... ¿Quién era John Aldrich?

CAPÍTULO III

Eran las ocho y veinte minutos de la mañana.

El gran vestíbulo del Torrance Building registraba el tránsito habitual de todos los días laborables.

Aparte de los pisos que utilizaba la empresa Torrance, el resto de las plantas estaba íntegramente dedicado a oficinas.

Cincuenta y dos pisos formados por una colmena de vidrio y aluminio. Los veintiocho ascensores destinados al personal de las respectivas oficinas y público en general funcionaban a tope.

Lyn detuvo el coche en un hueco de la primera fila del *parking*, situado al lado mismo del edificio y rodeado de jardín.

El auto tenía fácil salida.

Jim sacó el pequeño revólver del bolsillo de su chaquetón de charol. Pareció dudar unos momentos.

—Esconde esto.

—Lyn.

—Anda, vamos.

—Espera.

—¿Para qué? ¿Tienes miedo?

—Es que...

Había una cierta duda en la voz de Jim. Inseguridad.

—Bueno... ¿Qué? ¿Nos divertimos o no?

Para Lyn aquello seguía siendo una diversión más. Algo para matar el tedio.

Incluso acentuó su sonrisa.

—La vida no vale nada, muchacho. Aprietas esto contra el pecho de alguien y te das cuenta de lo que es un hombre. Nada. Lo más vulnerable. Se fabrican instrumentos y cosas a prueba de balas. El hombre no está hecho a prueba de plomo. ¡Vamos!

—Sí, vamos —aceptó Jim, guardándose nuevamente el revólver en el bolsillo del chaquetón.

Salieron del coche y Lyn Brent guardó las llaves en el bolsillo sin cerrar las puertas.

—Ya sabes —dijo antes de avanzar hacia la puerta lateral del gran

vestíbulo del edificio—, yo hablaré primero con él. Tú sal enseguida y acércate hasta rozarle y disparas las dos balas.

Jim asintió.

Su compañero le palmeó la espalda e hizo un gesto invitándole a seguir adelante.

Caminaron deprisa.

Miraron en torno suyo para ver únicamente gente apresurada para entrar al trabajo. Clientes, visitantes, personal, mucho personal que se dirigía a las oficinas o que iba de visita.

Cruzaron todo el aparcamiento hasta llegar a la puerta. Fueron directamente al mural repleto de placas donde estaban registradas las respectivas oficinas.

—Es ésta. Planta baja. Oficina número cuatro, corredor, B. John Aldrich. Inmobiliaria. Debe ser un pez gordo. Un jefazo. Mejor. Puestos a hacer...

—Bueno, vamos... Pero ¿cómo vas a hacerle salir?

—Llamándole por teléfono. Aguarda —buscó con la mirada y vio las cabinas adosadas a un lado de la pared del vestíbulo.

Dejó a Jim y fue directamente a la cabina y pidió información.

—Oiga. Con el despacho del señor Aldrich, John Aldrich.

La telefonista puso la comunicación. Lyn aguardó paciente viendo circular a la gente por el amplio vestíbulo.

—La oficina de John Aldrich —dijo la femenina voz.

—Gracias —repuso Lyn, y enseguida se enfrentó con otra voz. De mujer también.

—¿Está el señor Aldrich? —inquirió Lyn.

—¿Quién le llama?

—Un amigo. ¿Puede ponerse?

—No, no puede.

—¿Por qué, señorita?

—Porque no está. No ha llegado todavía. Si quiere darme su nombre... Registraré su llamada y...

—No, no. Déjelo —y colgó rápidamente.

Volvió hacia su compañero que estaba todavía junto a las placas anunciadoras de las oficinas y murmuró:

—Mala suerte. No está.

—Pues volvamos.

Jim parecía decidido a abandonar la idea.

—¡No vayas tan aprisa! Si no es Aldrich será otra persona. ¿Qué más da? Mira cómo está esto... ¿No te fijas en la gente?

—Sí, pero estamos llamando la atención. Aquel conserje me ha mirado un par de veces.

—¡Tonterías! Eres uno más. ¿Crees que podría recordarte?

—¡Lyn, esto no es un juego!

—¿No? Voy a demostrártelo. Verás.

Y Lyn hizo intención de ir hacia el conserje que le había indicado su compañero.

—¿Dónde vas?

—A hablar con él.

—¡Lyn!

Pero Lyn muy decidido avanzó hacia el hombre y sacó un paquete de cigarrillos llevándose uno a la boca.

—Buenos días, amigo —saludó—. ¿Me da lumbre?

—Sí, señor.

Sacó el hombre una carterita de fósforos y se la entregó:

—Puede quedarse con ella.

Lyn la miró. Era propaganda del edificio.

—Son muy amables.

—¿Puedo servirle en algo más? —preguntó el empleado.

—No, no. Muchas gracias.

Echó al aire la carterita de fósforos para recogerla al vuelo y ponérsela definitivamente al bolsillo para regresar junto a Jim, que se volvió de espaldas para mezclarse entre la gente.

—¿Te das cuenta? No hay ningún temor... Dentro de un rato ese tipo ni siquiera se acordará de mí.

—Pero después de... lo que vamos a hacer...

—Tonterías. ¡Anda! No te pongas nervioso.

Le agarró por el hombro y le apartó de la gente situándose junto a una columna bajo un reloj giratorio que anunciaba la hora. Las ocho y veinticuatro minutos.

—Tranquilo, Jim. Es el juego. ¿No me ves a mí?

—¡Je! Todo esto es... No sé... Como una pesadilla. ¿Estamos realmente aquí?

—¡Claro que estamos aquí!

—Pues decide pronto. Si no, me voy.

—Está bien. Hubiera preferido a alguien determinado, pero ya que

no puede ser, pues... elige tu mismo.

—¡Oh!

—Jim... Lo malo de todos esos hombres que entran es que parecen todos iguales. Fíjate. Sus carteras bajo el brazo, los mismos sombreros, las mismas expresiones. Todos se creen importantes. Son adocenados. Gente común... Por eso quería un nombre. Un cualquiera, para saber al menos de quién se trata y no tener que esperar a leerlo en los periódicos.

Jim dio unos pasos hacia adelante.

—¡Para a quien sea de una vez o larguémonos!

—Está bien. Tu nerviosismo ha salvado la vida a John Aldrich... ¿Te das cuenta? El no sabrá nunca cuán cerca de la muerte ha estado. En fin... Vamos a ver...

Entonces una voz saludó a alguien cerca de ellos.

—Buenos días, señor Aldrich.

Los dos amigos cambiaron una mirada y buscaron inmediatamente a la persona que uno de los empleados de la planta acababa de saludar.

Era el mismo conserje que había dado las cerillas a Lyn.

El hombre que estaba delante de él era joven. Unos treinta años aproximadamente. Vestía un traje de buen corte. Ropa de primera calidad.

—Hola, George —saludó el llamado Aldrich.

Se entretuvo un poco buscando algo en el bolsillo.

Lyn murmuró:

—¡Tenía que ser él! ¿Te das cuenta? Es un predestinado.

Jim iba a decir algo, pero Lyn levantó una mano para atajarle y dijo rápidamente:

—El momento ha llegado. Ya sabes.

—Pero...

Lyn avanzó deprisa tropezando con dos o tres personas que se dirigían hacia uno de los ascensores próximos.

Segundos después y cuando Aldrich iba a proseguir hacia uno de los corredores de la planta baja, Lyn le atajó:

—¡Eh! ¿Se llama usted John amigo? —Hizo la pregunta de manera sonriente.

El otro se volvió y le observó unos momentos.

—¿Qué?

—Le pregunto si se llama usted, John, amigo.

Jim se retrasó un segundo más de lo que Lyn hubiese deseado. No obstante, se decidió a salir, sacando su pequeño revólver del bolsillo. Lo hizo de una manera torpe, poco precavida.

—¿Quién es usted? ¿Qué desea? —inquirió Aldrich.

Jim estaba a unos tres metros de la futura víctima.

Entonces todo sucedió muy deprisa.

—¡Eh! —gritó el conserje—. ¡Tiene una pistola!

Jim dio un salto hacia adelante.

—¡Señor Aldrich! —gritó el conserje.

Aldrich empujó a Lyn que le cortaba materialmente el paso, mientras el conserje se abalanzaba hacia Jim.

Forcejearon los dos un segundo, tal vez menos.

Jim disparó dos veces.

Disparó a la altura del vientre... del conserje, que era quien había intentado arrebatarle el arma.

Se oyeron algunos gritos.

La gente no sabía exactamente lo que había ocurrido.

Aldrich se volvió hacia el empleado en el momento en que éste empezaba a doblarse.

—¡Asesi...! —empezó.

Jim le sacudió con la derecha un puñetazo mandándole contra el conserje, contra el cual cayó, manchándose de sangre el traje.

—¡Vamos! —gritó Lyn, y casi tuvo que arrastrar a Jim en las primeras décimas de segundo.

Los dos amigos se abrieron paso empujando a la gente.

Muchos ignoraban todavía lo ocurrido. Habían oído un par de sordas detonaciones, pero no sabían exactamente de qué lado provenían.

Aldrich se levantó de un salto.

—¡A ellos! Son los asesinos —gritó.

Pero tanto el uno como el otro ya habían alcanzado la puerta lateral del vestíbulo y corrían hacia el *parking*.

Dos policías llegaron de la calle y cruzaron la puerta principal.

—¡Por allí, por allí! —gritó alguien.

Jim y Lyn se perdieron por entre los coches. Jadeaban. Su carrera era impresionante.

Los agentes les siguieron rápidamente, pero tanto Jim como Lyn les

habían tomado una notable ventaja.

Estaban ya en el auto y Jim puso en marcha el motor.

Falló al primer intento.

Jim subió apresuradamente.

—¿Qué le pasa a esto? —bramó Lyn, y dio nuevamente el contacto.

Como a unos cien metros alguien gritó:

—¡Se han metido en un coche!

El segundo intento de arranque dio resultado y el «Cadillac» saltó hacia adelante.

Apenas el vehículo salió del aparcamiento en dirección a la calle, alguien dijo:

—¡Son ellos!

Un policía con el revólver en la mano afinó la puntería.

—¡Agáchate, Jim! —gritó Lyn, al ver la acción del agente a través del retrovisor.

Sonó el disparo, que taladró la plancha de la maleta.

Lyn dio un giro rápido al vehículo y tomó la calle en dirección opuesta, para entrar por el callejón inmediato.

Pisaba a fondo por el callejón, que era tan justo que parecía que el auto iba a rozar una de las paredes de un momento a otro.

Jim se volvió hacia atrás.

—Nos perseguirán.

—De acuerdo. Que lo hagan —repuso Jim.

Llegó al final del callejón, dobló a la derecha y aceleró a fondo.

A lo lejos se oía la sirena de la policía.

—De prisa, Lyn. De prisa.

—¿No lo estoy haciendo? La próxima vez que tu viejo te regale un coche dile que tenga alas.

Cruzó la calle en dirección norte hasta cuatro manzanas más adelante. Entonces dio un giro a la izquierda.

La sirena de la policía quedaba algo alejada, pero continuaba oyéndose. Y Jim miraba constantemente hacia atrás.

Lyn conducía con serenidad, atento a la calle, pasándose las luces rojas de los semáforos, sorteando a los peatones o a los coches que salían de las avenidas.

Volvió a dar otro giro.

La sirena seguía oyéndose, pero no se veía el coche policial.

Llegaron al lado del Hudson, y Lyn continuó a la misma velocidad

para terminar frenando en seco.

—¿Qué haces? —inquirió Lyn.

—Nos reuniremos en mi casa. Date prisa. Tienes un Metro en la esquina.

—Pero... ¿Y tú?

—¡Nos separamos ahora! ¡Vamos! Date prisa.

—¡Encontrarán el coche!

—De acuerdo. Hemos denunciado su robo, ¿no? Pues ¡que lo encuentren! ¡Sal de una vez!

Salieron, dejando las llaves puestas.

Lyn indicó a su compañero con un ademán dónde estaba la estación del Metro y él por su parte echó por una calle transversal.

Corrió durante unos cincuenta metros hasta un callejón. Se metió por él y comenzó a andar tranquilamente.

Se detuvo en una puerta de emergencia y se quitó la gabardina color clara, arrojándola dentro de uno de los enormes cubos de basura.

Se anudó al cuello un pañuelo de colores y sacó del bolsillo una gorra con visera, estilo hockey, se la enfundó y luego con las manos hundidas en los bolsillos salió de nuevo a la calle.

Se unía el zumbido de las sirenas de varios coches.

Lyn silbó tranquilamente... una melodía y continuó caminando.

CAPÍTULO IV

John Aldrich apenas si ponía atención a las preguntas del teniente Earle, de la brigada de homicidios.

—¿Le he preguntado si había visto antes a esos hombres? —repitió el policía.

—¿Eh? No, no teniente... Era la primera vez... El que me preguntó si me llamaba John fue al que vi más cerca... No podía sospechar que intentaba... Porque él iba con el otro... Los dos huyeron después de haber matado a George.

Quedó un momento pensativo, confuso y añadió:

—Pero era a mí a quien querían matarme... ¡Era a mí!

El policía le rogó que tuviera calma.

—Vamos, siéntese... Comprendo que esté nervioso. Siéntese —insistió.

Estaban en el despacho personal de John Aldrich. Una estancia decorada con buen gusto, amplia, funcional, clara, muy clara y con muebles caros.

John tomó asiento tras su mesa.

Allí estaba su secretaria particular. La señorita Gwendoline Marsh.

Se hallaban también otros dos agentes uniformados y el ayudante del teniente.

—Al parecer esos hombres, como usted dice, trataron de asesinarle... por eso debe usted ayudarnos, señor Aldrich. Tal vez tenga alguna sospecha... Algún enemigo.

—¿Enemigo?

—Sí. Todo el mundo tiene enemigos aunque no todos estén dispuestos a mostrarse tan expeditos.

Aldrich parecía como atontado. Todavía no acababa de comprender.

—Haga usted memoria. Necesitamos de su ayuda, ¿comprende? Debemos practicar una investigación.

—Pero si yo... Yo siempre pensé que no tenía enemigos. Es que... no puedo comprenderlo, teniente. De veras. No puedo.

—Haga un esfuerzo. ¿Es usted casado?

—No, no.

—¿Tiene novia?

—Bueno, salgo de vez en cuando con una chica.

—Su nombre.

—No, eso no.

—Tenemos que investigar. Y usted nos ayuda poco.

—No salgo normalmente con la misma chica. No tengo compromiso. ¿Comprenden?

—¡Oh! Entonces... Tal vez una chica despechada... o mejor, un amigo de cualquiera de esas chicas.

—No, eso no. Yo... Yo no hago promesas a nadie. Nunca, nunca he mentido a una mujer con respecto a mis intenciones.

Intervino la secretaria.

—Teniente, el señor Aldrich les dice la verdad. Es formal en sus cosas.

El policía miró a la muchacha con el rabillo del ojo. Le pareció bonita, bien formada y vestida a la moda, pero con sencillez, y ello le daba un aspecto elegante.

Falda corta, medias caras, buenos zapatos.

—¿Puede usted decirnos algo más? —preguntó por fin el policía, dirigiéndose a la muchacha—. Quiero decir algo más aparte de que su jefe es persona formal, señorita...

—Marsh.

—¡Ah, sí! Gwendoline Marsh...

—Tal vez no tenga importancia, pero... A eso de las ocho y veinte llamó alguien preguntando por el señor Aldrich.

—¿Quién?

—No ha querido dar su nombre.

—¿Qué voz tenía?

—Me pareció que era joven. Un hombre desde luego.

—¿Está muy acostumbrada a contestar el teléfono? —quiso saber el teniente Earle.

—Recibo todas las llamadas —repuso ella.

—¿Y suele reconocer a los clientes y amigos de su jefe cuando llaman?

—Pues a los habituales, casi siempre.

—Y esa voz que llamó a eso de...

—Las ocho y veinte —ratificó ella.

—¿Era habitual?

—Pues... No. Creo que no.

—Una voz desconocida. Que además no quiso dar su nombre. ¿Es eso?

La muchacha asintió.

—Humm. Como información, no es mucho, pero menos es nada.

Volvióse de nuevo hacia Aldrich y preguntó:

—Bueno, señor Aldrich... ¿Recuerda algo que pueda ayudarnos?

Aldrich dudó antes de contestar. Al fin negó con la cabeza.

—No, teniente. De veras. No puedo ayudarle.

—Si le viene algo a la memoria, llámeme. Le daré una tarjeta —la sacó del bolsillo y la dejó sobre la mesa—. Éste es mi número particular. Le anotaré el de la oficina. Llame a la hora que sea. Si no estoy, deje el recado. Yo pasaré a verle. Cualquier detalle por insignificante que le parezca, puede ayudarnos. ¿De acuerdo?

Aldrich había vuelto a su marasmo. Parecía únicamente pendiente de sus propios pensamientos.

—Tenga cuidado. Han intentado matarle una vez, pueden persistir, por eso es importante que nos ayude, sólo así podremos hacer algo por usted...

Aldrich seguía pensativo, en pie otra vez.

Su secretaria, la hermosa Gwendoline, tenía los ojos fijos en él. Eran los ojos de una muchacha enamorada.

El teniente abandonó la oficina, dejando al propietario y a Gwendoline frente a frente, en silencio.

Un instante después, John Aldrich murmuró:

—Voy a salir. No estoy para nadie.

—¿Dónde vas?

—Tengo... algo importante que hacer —fue la única y ambigua respuesta de su jefe.

CAPÍTULO V

Eran las nueve en punto de la mañana cuando Jim llamó a la puerta del estudio de Lyn, en El Village.

Apenas su amigo le franqueó la entrada, pudo oír la música del estereofónico puesta a alto volumen.

Jim venía jadeante.

—¿Qué te pasa, hombre? ¡Vamos, entra y toma un trago!

—Sí, lo necesito.

—Arréglate un poco, ¿eh? Van a venir visitas.

—¿Eeh?

—Las chicas de anoche. Acabo de llamarlas. Bueno... Las llamé hace media hora desde una cabina. Se diría que lo estaban esperando. Dijeron que vendrían enseguida. El tiempo de vestirse.

—¿Chicas, ahora?

Jim avanzó hacia el bar y se sirvió una generosa ración de *whisky*.

—¿No las querías?

—Pero ahora... no estoy para eso.

—Bueno..., pero podemos charlar, ¿no? Les he dicho que nos habíamos quedado aquí descansando los dos. Así es que... oficialmente, no nos hemos movido.

Jim asintió. Y se sirvió otro trago.

—¿Dificultades? —inquirió nuevamente Lyn, tras un silencio.

—No, no. He cogido el Metro, pero no he venido directamente. Tenía la sensación de que todo el mundo me miraba.

—Cuando se tiene algo que ocultar ocurre esto. Pero no te preocupes. Nadie se ha fijado en nosotros de una manera especial.

Tras otro silencio Jim inquirió:

—¿Y tú?

—Bien.

—¿Crees que la policía habrá encontrado el coche?

—Casi seguro.

—Irán a mi casa.

—Es posible.

—Entonces...

—Tú has denunciado el robo, ¿no?

—Fuiste tú.

—De acuerdo, pero di tu nombre.

—Creo que debo ir... Sí. Es mejor que vaya antes de que llegue la policía.

—No. Así no. Estás demasiado nervioso. Te conviene tomar un par de *whiskys* más.

Jim abrió y cerraba los puños. Estaba nervioso, inquieto, excitado.

Llamaron el timbre y casi pegó un brinco.

—Calma. Deben ser las chicas.

—¿Ya?

—¿No te dije que parecían estar esperando nuestra llamada?

—¿No trabajan?

—Ya no te acuerdas de lo que dijeron anoche... Son de Búffalo. Llevan una semana aquí buscando trabajo. Tú les prometiste hacer algo por ellas.

—¡Oh, sí! ¡Qué cabeza!

—Anda, pórtate bien —repuso Lyn, yendo hacia la puerta.

Jim entró en el cuarto de baño.

Lyn abrió al tiempo que exclamaba:

—¡Adelante!

Su sonrisa se borró de sus labios al ver a los dos hombres. Uno llevaba una gabardina color claro, el otro un abrigo oscuro.

El de la gabardina mostró una credencial.

—Agente Baccaro, de homicidios. ¿Es usted Lyn Brent?

—Sí, pero... ¿Qué diablos quieren ustedes?

—¿Podemos pasar? —inquirió Baccaro, sin hacerle demasiado caso.

—No, no pueden...

Pero el agente le apartó suavemente abriéndose paso. Tras de Baccaro entró su acompañante.

—Oigan, amigos. Sé de esto más de lo que suponen. Si no tienen una orden ya pueden darse el «piro».

—Sí, sí, claro. No pensamos molestarle mucho tiempo.

—He dicho que se vayan.

Baccaro echó un vistazo alrededor.

—Muy bien está esto. Sí, señor. Muy bien. ¿Vive siempre aquí, señor Brent?

—Vivo cuando me apetece y a nadie le importa. ¡Lárguense o...! —

Fue hacia el teléfono.

Baccaro no hizo el menor movimiento para impedirse.

—Llame, llame. Está en su casa.

—¡Claro que voy a llamar! Alguien debe enseñarles la forma de tratar a los ciudadanos.

—Señor, Brent... Si tanto sabe de leyes y de policías, no ignorará que es un deber colaborar... sobre todo cuando se trata de un caso grave.

—¿Qué dice?

Jim salió del baño y al ver a los dos hombres palideció.

—¿Quiénes son, Lyn? —inquirió.

—Polis. Pero se van enseguida.

—¿Qué quieren? —preguntó Jim.

—¿Ve? A su amigo por lo menos le interesa saber por qué estamos aquí.

—Está bien, agente. Suéltelo de una vez. Diga qué quiere y váyase. Estamos esperando a alguien.

—Esto está bien... Sí, señor. Veamos... ¿Estuvo aquí toda la noche, Brent?

—Con este amigo mío.

—¿Y a qué hora vinieron anoche?

—Llegamos esta madrugada. Eran más de las seis.

—Las seis y media —adujo Jim, tragando saliva.

—Buena memoria... ¿Por qué tan tarde? ¿Trabajan en algún turno de noche?

—Estuvimos en una *boîte*... Y ahora dígame a qué vienen tantas preguntas —terció Lyn, impaciente.

—Desde las seis y media... hasta ahora... ¿No se han movido?

—¡No! —contestó atropelladamente Jim—. No nos hemos movido.

—Está nervioso su amigo... ¿Cómo se llama?

—¡No contestes! Ésta es mi casa. No tengo por qué presentarte a nadie si no quiero.

—Está bien —sonrió Baccaro—. Está bien... ¿Puedo anotar entonces que no se movieron desde las seis y media, eh?

—Puede anotarlo.

—De acuerdo... Desde las seis y media... hasta... —consultó su reloj y siguió escribiendo en el block. Eso es...

—Otra pregunta...

—No le contestaré si no me dice a qué viene eso —repuso Lyn, sin soltar el teléfono que seguía colgado.

—¿Conoce usted a Laura Hunt?

—¿Laura Hunt? —Se encogió de hombros.

—Es vecina suya. Vive en el piso de arriba. Sobre este estudio.

—¡Oh, sí! Se refiere usted a esa decoradora. Supongo. La he visto un par de veces.

—¿Nunca ha hablado con ella? —preguntó el policía.

—Hola y adiós.

—Es una mujer muy guapa. Joven, muy moderna... ¿No le gustan las chicas así, Brent?

—Oiga, agente. Yo elijo a mis amistades, ¿comprende?

—Sí, sí... Es natural. Así quedamos que usted no tenía tratos con Laura Hunt.

—Ya le he dicho que no.

—Y hoy no la ha visto.

—¡Claro que no!

—¿Ni ha oído nada especial... en el piso de arriba?

—¿Cuándo?

—Pues hace una hora poco más o menos.

—No. No he oído nada.

—¿Usted tampoco? —Y el policía se volvió hacia Jim.

Y el joven iba a meter la pata:

—Hace una hora estábamos...

—¡Durmiendo! —se apresuró a cortar el dueño del apartamento.

—Eso.

—¡Claro! acostándose tan tarde es natural que durmieran... —sonrió Baccaro con sencillez.

Sin embargo, no había nada de sencillo en sus maneras. Era joven, pero parecía de vuelta de muchas cosas. No se dejaba impresionar por amenaza más o menos.

Miraba alrededor como si admirase la decoración o quizá como si quisiera retener en su memoria cada uno de los objetos y muebles que se hallaban en la pieza.

—Pues ya ven... Yo todavía no me he metido en la cama. Acabas un servicio y de pronto cuando te crees libre el jefe te manda a realizar otro. Y no es agradable... Recibe uno chascos muy a menudo.

—Cuando haya terminado de lamentar su asqueroso trabajo dígame

qué ha venido a hacer aquí o váyase.

—¿Asqueroso trabajo? ¿Has oído, Davy? ¡Lo que hay que oír! Te pagan una miseria para proteger a los contribuyentes y un mocosito califica tu trabajo de asqueroso... ¡Bah! Mejor fingir no haber oído nada. No quiero buscarme un lío dándote lo que mereces.

—Si vuelve a llamarme mocosito...

—¡Mocosito! —cortó rápido el policía.

Lyn se abalanzó con el puño en alto hacia el agente.

—¡Lyn! —gritó Jim.

Baccaro paró el golpe y atacó con un directo al estómago, que hizo inclinarse hacia adelante a Lyn.

—¡Cuidado! —advirtió.

—Puedo hacer que le echen del cuerpo —gritó Lyn.

—Estoy seguro, hijo de papá. ¡Anda, hazlo...! Pero primero quiero que veas una cosa. ¡Anda, sube conmigo!

Y con una fuerza brutal le sujetó por el hombro tirando con fuerza de él para arrastrarle hasta la puerta.

—¡Suélteme! ¿Qué es lo que tengo que ver?

—¡El cuerpo de tu vecina Laura Hunt! ¡La han asesinado!

Lyn cambió una rápida mirada con Jim, que no comprendía nada.

—Están locos si creen que yo...

—Ya discutiremos esto, muchacho... Ya lo discutiremos.

—Oiga, usted no puede...

—Sí puedo. ¡Puedo porque alguien asegura que te vio salir de su apartamento hace una hora! —aseguró el policía.

CAPÍTULO VI

John Aldrich, al volante de su automóvil iba pensativo.

Todavía no había digerido el intento de asesinato de que había sido objeto.

Cruzó el East River por el Williamsburg Bridge en dirección a Brooklyn.

Manhattan quedó atrás, envuelto en la diaria neblina que a menudo no permitía ver la parte alta de los rascacielos más elevados.

Diez minutos más tarde detuvo el automóvil cerca de un solar.

Miró alrededor para orientarse y luego anduvo deprisa por la acera de una calle repleta de gente vocinglera, de vendedores ambulantes y de pequeños comercios.

Se detuvo en el número 125 de la calle, miró hacia arriba. Tenía tres pisos. Entró en la escalera y subió hasta el último. Todavía quedaba una escalera que conducía a la buhardilla.

Aquél era su destino.

Llamó.

Una voz del interior invitó:

—Pase. Aquí siempre está abierto.

John empujó la puerta.

Cualquiera apenas entrar podía darse cuenta de que se hallaba ante un estudio de pintor.

Telas embadurnadas, marcos viejos y seminuevos. Un mueble cómoda adosado a la pared lleno de los objetos más dispares y no todos relacionados con la pintura.

Cuadros por las paredes, arrinconados.

Una mesa al fondo con un par de paletas y pinceles y platos sucios, vasos, etcétera.

Al fondo, una mesa de dibujo, inclinada, junto al ventanal. Detrás de la mesa un hombre de la edad más o menos de John Aldrich.

Iba en mangas de camisa, una camisa a cuadros, gris, que disimulaba la suciedad.

Sentado en el taburete, el inquilino de la buhardilla levantó la mirada hacia John y esbozó una sonrisa.

—¡Vaya! —sonrió soltando el lápiz y abandonando lo que parecía un proyecto a medio realizar—. ¿Desde cuándo te dignas visitar a los parientes pobres?

Aldrich miró una vez más en torno suyo, cerró la puerta, y avanzó sin contestar.

—¿A qué debo el honor? —sonrió el propietario del piso, incorporándose.

La respuesta fue fría, tajante:

—¿Has sido tú, verdad? Tú...

—¿De qué me estás hablando? —sonrió el artista.

—Has mandado a tus amigos. ¡No lo niegues! Es tu venganza. ¡Eres peor de lo que creía!

—¡Eh, poco a poco! ¿De qué me hablas?

—¿No lo sabes, eh?

El otro estaba ya muy cerca de John frunciendo el entrecejo.

John Aldrich disparó su puño derecho contra la mandíbula del artista, que al recibir el impacto cayó contra un caballete y fue a parar al suelo.

Se sentó, frotándose la mandíbula, y sin levantarse murmuró:

—Sal de aquí, John. Sal de aquí si no quieres que te rompa la cabeza.

—¡Hazlo, Bill! Hazlo cara a cara.

—Está bien.

Con extraordinaria agilidad, Bill se lanzó contra las piernas de John Aldrich, que no pudo reaccionar a tiempo y se vio impulsado hacia atrás.

Sobre las tablas de la buhardilla trató de incorporarse, pero Bill se lo impedía echado sobre él y golpeándole el rostro.

—¡Bandido, asesino! —farfullaba Aldrich.

—No sé de qué me hablas, pero hace tiempo que estabas pidiendo a gritos que te diera una paliza.

John forcejeaba para librarse de aquellos golpes, certeros, cortos, contundentes y extraordinariamente eficaces.

John sabía que Bill estaba bien preparado físicamente. Por lo menos en otros tiempos había cuidado siempre su forma.

No se arredró sin embargo. Acumulando fuerzas utilizó las piernas para quitárselo de encima.

Se levantó rápido.

Bill estaba preparado también y descargó su izquierda, que en esta ocasión John Aldrich supo esquivar.

Cuando el propietario de la buhardilla quiso golpearle de nuevo se encontró con el puño de John clavado en el estómago.

Tosió al inclinarse hacia adelante.

John le lanzó contra la mesa de dibujo, que se partió al recibir el peso de su dueño.

Furioso, Bill se incorporó deseoso de terminar la pelea. Con un par de golpes consiguió alejar el peligro de una nueva pegada de John, pero éste respondió con un gancho que sólo pudo alcanzar a su destinatario de refilón.

Y Bill entonces lanzó un directo que llegó al pecho de John Aldrich. Éste replicó con dos buenos golpes de derecha e izquierda respectivamente.

Sin mayor entreno, John era fuerte, mucho más de lo que parecía ocultar tras su bien cortado traje.

Bill se encontró con la guardia desarbolada y muy cerca de la pared. John hizo un amago con la izquierda para soltarle un directo que alcanzó a Bill en pleno mentón.

El de la buhardilla dio con la espalda contra la pared y cayó sentado.

Quedó en el suelo medio atontado.

John se reponía sin descuidar la guardia.

Bill tras un silencio, trató de recobrase, sin dejar de jadear.

—Murmuró por fin. —Veo que has aprendido...

—Ponte en pie, Bill. No saldré de aquí hasta arrancarte la verdad.

—¿De qué diablos me estás hablando? ¡Lárgate y déjame en paz...!

John se inclinó hacia él y tiró con fuerza para obligarle a incorporarse.

—¡Suéltame! —espetó el otro, sacudiendo la presión de John.

Se arregló la camisa y masculló:

—No sé lo que has venido a buscar ni lo entiendo.

—Los nombres de los dos asesinos que me mandaste.

—¿Qué? —Bill mostró una gran extrañeza. Casi encontró cómica la acusación de John porque forzó una sonrisa—. Debes estar loco.

—Eran amigos tuyos... Gamberros. Gente de esa clase. Tú debes conocer a unos cuantos... como siempre.

—Escucha, John. Escúchame bien —y le amenazó con el índice—.

Me gustaría verte muerto... Pero cuando decida hacerlo lo haré personalmente. Yo no necesito a nadie para solventar mis propios asuntos. ¿No me conoces?

John le observaba fijamente. Bill continuó:

—Si como parece que estás insinuando... han querido despacharte, no me extraña. Los tipos como tú, todos acaban igual.

—Basta, Bill. Nada tienes que reprocharme. Nada te debo.

—¿No me debes nada eh, socio?

—No soy tu socio, pero tampoco fui yo quien rompí nuestro pacto.

—No claro, tú no... ¡Teníamos que ser una gran empresa! Los tres juntos. Arthur, tú y yo... ¡Uniendo nuestras ideas llegaremos lejos! Pero has llegado tú solo...

—¿Y tengo la culpa yo, Bill? Eres despreciable.

—¿Por qué? ¡Por una tontería! Porque Arthur y yo no compartíamos tu rigidez, porque después de desmenuzamos los sesos trabajando las veinticuatro horas del día durante semanas y meses se nos ocurrió gastar algún dinero...

Bill escupió simbólicamente y añadió:

—Total por cuatro miserables perras.

—¿Cuatro perras? Cuatrocientos dólares que eran para pagar un vencimiento. ¡Lo debíamos todo, Bill! ¿Y quién daba la cara?

—¡De acuerdo, señor intachable! Pero somos humanos... Tú no. Duro como el acero, calculador, sólo pensando en el dinero.

—Habíamos empezado de la nada. Teníamos obligaciones que cumplir. Os pedí paciencia... Y no la tuvisteis. Ni tú ni Arthur.

—No irás a hablar mal de los muertos ahora, ¿eh?

—No. Lamenté la muerte de Arthur...

—Claro que la lamentaste. ¡Pesa sobre tu conciencia! Más que una muerte fue un suicidio. Un suicidio al que tú le empujaste.

—¡No es cierto! Arthur no se suicidó.

—No. Le atropelló un coche mientras iba borracho. ¿Y por qué crees que bebía? ¿Quién le empujó a ello? ¡Sólo tú! Nos echaste a la calle.

—Yo no os eché. Dije que disolvía la sociedad y bien que aceptasteis... Ninguno de los dos pasó por la vieja oficina cuando llegaron los del embargo. ¿Dónde estabais entonces? Al fin y al cabo sabíais perfectamente que todo lo que ocurría era por vuestra culpa... Por esas cuatro «perras» que tú llamas... Estábamos atrasados de pago... Y yo también me había desmenuzado los sesos

para conseguir ahorrar aquel dinero.

—¡Que era de todos al fin y al cabo!

—No era de nadie porque lo debíamos...

—Está bien, sabelotodo. Mientras tú pensabas en sacar adelante el negocio, Arthur y yo pasábamos las horas diseñando los bocetos de aquella maldita urbanización... ¡Je! ¿De qué sirvió todo?

—No tienes razón, Bill. Y nunca has querido aceptar la culpa... Nunca.

—¿Culpa, eh? Tres decoradores asociando ideas... Nadie tenía cinco centavos suyos en el bolsillo...

—De la forma que piensas nunca los tendrás, Bill. Pero aún así, después de la muerte de Arthur fui a buscarte... ¿Y cuál fue tu respuesta? ¿La recuerdas?

—Sí. La misma que te doy ahora. ¡Ojalá te mueras!

—Eso...

—¡Pero yo no he atentado contra tu vida! —exclamó Bill ante la mirada acusadora de su ex socio.

—Está bien, Bill. Pero ten cuidado. Sé que a veces te metes en líos. Vas a acabar mal.

—No necesito tus consejos.

—No he dicho nada a la policía.

—¡Sólo hubiese faltado eso! Si me acusas injustamente, te doy mi palabra que te acordarás. Y ahora sí que hablo en serio.

Tras un breve silencio, John Aldrich dio la vuelta, murmurando:

—Adiós, Bill. Y ojalá las cosas te vayan bien.

Salió de la buhardilla.

Bill cerró los puños con odio. Fue hacia la puerta con intención de abrir, pero no lo hizo.

Lentamente fue serenándose y luego se encaminó hacia su roto tablero.

El diseño que estaba realizando estaba manchado de rojo. Era sangre. Su propia sangre. Un rasguño que se hizo en la pelea.

Contempló la mesa y levantó las manos en señal de impotencia.

CAPÍTULO VII

Cuando Jim vio la escena tuvo que volver la cabeza hacia un lado y cerrar los ojos al tiempo que exclamaba:

—¡Santo Dios!

Lyn quedó mirando fijamente el cuerpo de la mujer.

Laura Hunt. Lo que quedaba de ella.

Estaba sobre la cama, apenas cubierta con una sábana. No llevaba más ropa.

Las partes del cuerpo que podían verse estaban machacadas. Tenía cortes por todas partes.

Toda ella era una masa sanguinolenta como si su asesino se hubiese ensañado deliberadamente.

—¿Pretende que yo... haya hecho esto? —inquirió Lyn.

Baccaro permaneció silencioso observando la reacción del joven y repuso:

—Yo no pretendo nada. Sólo quería que viese el cadáver.

—Si no me dice usted que es mi vecina, ni la reconocería. Quien ha hecho esto debe ser un perturbado.

—Seguramente.

Un hombre bajo salió del baño. Era el forense.

—Ya me mandarán el cuerpo para que haga el informe final.

—¿Algo nuevo? —inquirió Baccaro.

—No, nada. Tiene dos cortes mortales de necesidad. Luego veré si lo demás ha sido anterior o posterior a su muerte. ¡Ah! Desde luego no es de mi incumbencia, pero la lucha no empezó en la cama precisamente. Hay sangre por todas partes.

—Sí. Ya lo hemos visto. ¿Señales de lucha, no?

—Al parecer sí. La víctima debió resistirse, pero a simple vista parece que su asesino le asestó por lo menos una de las cuchilladas mortales, antes de las otras, aunque no estoy seguro.

—Luego le llamaré, doctor.

—Adiós —saludó el médico, saliendo de la estancia.

Baccaro se volvió hacia Lyn.

—Vamos —y con una indicación de cabeza a uno de los agentes

murmuró—: Que entre ese individuo.

Poco después pasó al pequeño vestíbulo un hombre de alguna edad. Vestía un traje raído y llevaba barba de por lo menos un par de días.

Lyn arqueó las cejas. Había visto a aquel individuo algunas veces por la calle e incluso por la escalera. A menudo revolvía los cubos de la basura. Y hacía recados por poco dinero.

Decían que en tiempos había pintado cuadros, pero ahora todo su cuerpo era una continua convulsión. Sus manos temblaban constantemente y en aquel estado era difícil sostener ni tan siquiera un pincel.

Tenía el aspecto de un alcohólico aunque en aquellos momentos parecía estar completamente «seco».

—Fíjate bien, Adriano —dijo el policía al individuo.

El tipo del tembleque levantó la mirada y la clavó en Lyn Baccaro añadió:

—¿Es éste el hombre que viste salir?

Adriano quedó observando a Lyn como si estuviese hipnotizado.

—No te precipites, Adriano. Fíjate bien en él.

—Yo...

—Tú dijiste antes un nombre, ¿verdad? E incluso nos indicaste su piso.

—¡Maldito embustero! —rugió Lyn, y se abalanzó sobre el viejo sujetándole por las solapas de su raída chaqueta.

—¡Suéltele! —exclamó Baccaro, y necesitó la ayuda de su ayudante y de otro agente uniformado para arrancar a Lyn de las solapas de aquel testigo.

—Esto no le ayudará, Brent.

—¡Sí! ¡Era él! —exclamó Adriano—. Estoy seguro.

—¡Mientes! —exclamó Lyn.

Jim intervino.

—No puede ser, agente.

—Llévense a Adriano —exclamó el policía.

—¡No! Que no se mueva. Este hombre miente —repuso a la vez Lyn.

Baccaro se volvió hacia Jim.

—¿Qué decía usted; amigo?

—Estuvimos juntos, agente. Todo el tiempo. Si ese hombre dice que

vio a mi amigo salir de este apartamento, miente. Y lo sostendré.

—Ya lo oye, agente. Es la palabra de mi amigo contra la de un alcohólico... Y el padre de mi amigo es abogado. Un buen abogado... ¿No ha oído nombrar a Thomas Chapman?

—¿Usted es hijo de Chapman? —inquirió el policía mirando fijamente a Jim.

—Me llamo Jim Chapman.

Baccaro sonrió y miró a su ayudante.

—¿Qué te parece? Ahora resulta que... En fin, esto no cambia las cosas... Tenemos un testigo.

—No sirve, agente. No sirve —terció Lyn.

—Usted seguramente también tendrá un padre importante, ¿verdad? ¿Brent? Bueno... No sé quién puede ser, pero estoy seguro de ello. Vamos, suéltelo. ¿Quién es su padre?

—Je, je... No puede imaginarlo, agente.

—No. No puedo imaginarlo.

—Mi padre no es importante. Pero él cree que sí. De todos modos, el que se ha metido en un mal asunto es usted, agente. Así no va a ascender nunca.

—Mira, muchacho, no me busques las cosquillas. Ahora vendrás conmigo.

—¿Me detiene?

—De momento no, pero quiero hacerte unas cuantas preguntas... Y usted ya puede avisar a su padre. A lo mejor su amigo lo necesita.

—¡Pero yo le digo que estuve todo el rato con él!

—¿Y quién más lo dice? —inquirió el policía.

—¿Cuántos testigos tiene usted, polizonte? ¿Uno, verdad? —rugió Lyn—. Pues yo también; uno. Estamos en paz.

—De acuerdo, de acuerdo. Supongamos que Jim Chapman subiera también a este apartamento.

Jim iba a protestar, pero Lyn calmándose y recobrando aparentemente su parsimonia preguntó:

—¿A cuántos vio salir de aquí su testigo, agente? ¿A uno o... a dos?

—Bueno, basta de charla. Vamos al puesto. Todo se aclarará. Puede que yo sea un don nadie, pero cumplo con mi deber. ¡Andando! ¡Y cuidado con hacer tonterías!

John Aldrich había regresado ya a su oficina. Su puesto mostraba un total abatimiento.

Se sentó tras su mesa y permaneció abstraído, silencioso, hasta que apareció Gwendoline.

La voz de la muchacha pareció volverle a la realidad.

—¿Has ido a ver a Bill Cardigan, verdad?

—Sí.

—¿Por qué no lo dijiste a la policía?

—Porque no estaba seguro, Gwen.

—Y aunque lo hubieses estado. Te conozco.

—Hay cosas que tiene que resolverlas uno por sí mismo, Gwen —repuso John con pesar.

—Te conviene descansar. Has trabajado mucho últimamente... Y ahora sólo te faltaba esto.

—Gwen... Bill me odia. Él nunca ha comprendido...

—Yo sí, John —atajó ella suavemente—. Desde que me contaste todo comprendí que tenías razón.

—Dice que les eché y me culpa de la muerte de Arthur.

—John... No pienses más en esto. Yo no conozco a Bill ni a Arthur, pero sé que no tenían razón... Tú no les echaste. Disolviste la sociedad. ¿No es esto lo que me contaste?

—Y es la verdad. No era posible seguir de aquel modo. Ellos tomaron eso como un juego... Ciertamente que trabajaban, pero no era posible que se hiciesen cargo de la situación real. Ahora puedo reírme de cuatrocientos dólares, pero entonces eran vitales... Yo... Yo me puse furioso.

—Tú también perdiste, John.

—Y tuve que empezar de nuevo... Y como un idiota volví a pensar en Bill. ¡Y fui a buscarle! Casi me sacó a patadas, ya entonces me reprochó la muerte de Arthur... Me odiaba y sigue odiándome.

—¿Te amenazó, no?

—Más o menos. Me dijo que un día u otro pagaría lo de Arthur.

—¿Y no crees que haya podido ser él quien mandara a ese par de hombres?

Antes de contestar, John Aldrich lanzó un suspiro de cansancio, de abatimiento:

—No lo sé, Gwen. De veras. No lo sé, pero es tan extraño. Yo no he hecho nunca mal a nadie. He trabajado durante todos estos años...

Tal vez me envidian porque ahora tengo un negocio próspero, pero todo es tan... absurdo.

—¿Por qué no vuelves a tu apartamento? He cancelado ya las visitas tal como me has dicho. Yo puedo cuidar de todo, John.

—Eres muy buena, Gwen.

—Hago a gusto mi trabajo, John... Y trato de comprenderte.

—Quizá... me vaya a dar una vuelta. Necesito pensar... Pero volveré después.

—¿Tienes algo urgente?

—No... que recuerde. ¡Ah! Sí. Cité a una chica... Dijo que vendría sobre las diez. Se llama Priscilla Jones.

—¿Cliente? —preguntó Gwendoline.

—No, no. Quiere cambiar de empleo. Pensé que si servía podría sustituir a Margaret Allysson.

—De acuerdo. ¿Tengo que prepararle el test de costumbre?

—No. No hace falta. Es bastante buena chica. He salido con ella un par de veces.

Gwen sonrió.

—Bueno. Ya sabes que no tengo secretos para ti.

Ella sonrió más abiertamente.

—¿Otra que intenta cazarte, John?

—No, no... Es decir, no lo sé. Soy yo el que no quiere comprometerse. Ya sabes cómo pienso. El matrimonio no es... no es para mí. Sé que a la larga si me casara sería un fracaso, y no quiero seres desdichados por mi culpa —sonrió levemente.

En otras circunstancias hasta hubiese bromeado al dictar su sentencia preferida con respecto al matrimonio y hasta Gwendoline hubiese hecho un comentario más o menos pícaro, pero en aquellos momentos ni John se sentía con humor, ni Gwendoline quiso propasarse a pesar de la confianza que le unía con John Aldrich, su jefe.

—Bueno, atenderé a esa chica.

—Muéstrale el trabajo que tendrá que desarrollar. Que haga algo y mira cómo va. Dile que he tenido que salir... Que ya la llamaré.

—Lo que tú digas, John.

—Hasta luego, Gwen.

—Adiós y cuídate.

John Aldrich salió de nuevo de su oficina. Al cruzar el vestíbulo vio

que todo parecía igual que siempre. Gente entrando y saliendo, los empleados uniformados de la planta atendiendo a la gente, vigilando.

Sólo había más policía que de costumbre. La había también en el corredor B, y sobre todo cerca de la entrada de la inmobiliaria John Aldrich.

John consultó el reloj giratorio situado al lado de la columna. Eran las diez y veinte minutos.

Más o menos hacía dos horas que había ocurrido todo y ahora cualquiera que cruzara aquel vestíbulo no notaría nada anormal.

Sólo los que conocían al conserje asesinado verían que no estaba en el sitio de costumbre.

Dos horas y un hombre había sido tontamente asesinado.

¡Un crimen cuya víctima hubiera tenido que ser él, John Aldrich!

* * *

En el puesto de policía, el agente Baccaro entregó un informe al teniente de la brigada.

—Aquí está. Se llama Brent. Lyn Brent. El asunto no está demasiado claro. El hijo de Chapman estaba con él y asegura que no se movieron del apartamento. Supongo que interrogarle no serviría de nada, pero tenía que traerlo, ¿no?

—¿Ha dicho Brent?

—Sí.

—¿Dónde está?

—En el otro despacho.

—Déjeme echarle un vistazo... sin que él me vea.

El teniente de la brigada avanzó hasta la puerta y la entornó ligeramente.

Lyn se hallaba sentado frente a otra mesa. Completamente solo.

El teniente le vio de perfil.

Cerró la puerta y murmuró:

—Lo que me suponía. Un estudio en El Village, Brent... Hummm. No es que esté demasiado seguro, pero apostaré doble contra sencillo.

—¿Quién es, teniente?

Su superior le miró durante un rato en silencio.

—Pronto lo sabrá, Baccaro, pronto lo sabrá.

CAPÍTULO VIII

Eran las once de la mañana cuando la viuda del conserje asesinado regresaba a su casa acompañada de su hija.

El dolor se reflejaba bien claramente en los rostros de las dos mujeres.

La viuda tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar.

La hija conservaba mejor la serenidad.

En el rellano, John Aldrich las estaba aguardando. Fue la muchacha quien advirtió su presencia.

Era joven, unos veintidós años. Tenía el rostro aparentemente tranquilo, como si dándose cuenta de la terrible circunstancia hubiera sabido reaccionar a tiempo y aun comida por el dolor, supiera aceptar la tragedia con una gran resignación.

—¿Es John Aldrich, verdad? —inquirió.

—No creí que se acordara de mí —repuso él.

—Le vi una vez hablar con mi padre en el *building*.

—Sí. Lo recuerdo.

—Hemos venido del depósito, señor Aldrich. Discúlpeme. Mamá está agotada. ¿Quiere entrar?

—Sólo unos momentos.

La muchacha abrió la puerta.

—Entre por favor —dijo una vez lo hubo hecho su madre.

—Gracias.

La mujer miró largamente a John y luego murmuró:

—Discúlpeme. Mi hija le atenderá —y sin decir más entró a una habitación.

John estaba en el modesto saloncito que compendia la vida hogareña de aquella familia ahora sumida en la desgracia.

—¿No quiere sentarse? —ofreció la muchacha con una gran presencia de ánimo.

—No, no... Verá yo...

—Ya nos lo ha dicho el teniente Earle... Papá murió luchando con el hombre que trataba de asesinarle a usted.

—Lo siento. Apreciaba a George... Yo... Yo no podía tener ni la más

remota idea de que alguien pensase en... En fin. No. No imaginaba que pudieran atentar contra mi vida.

—La culpa no es suya, señor Aldrich.

El miró profundamente a la muchacha. Era hermosa Sin nada llamativo, su belleza serena impresionó a John.

—Yo quisiera hacer algo...

—No debe molestarse, señor Aldrich.

La voz de la muchacha sonaba fría, pero sin pecar de descortés.

—No es ninguna molestia. Ya sé... sé que una vida no tiene precio, pero si pudiera hacer algo por ustedes... Lo digo de corazón.

—Lo sé, señor Aldrich. Mi padre hablaba a menudo de usted. Decía que era de las pocas personas que no le trataba como un objeto. Gracias, señor Aldrich. No necesitamos nada... Puesto que mi padre ya no puede volver a la vida.

—Sí, comprendo. No la molesto más. ¿Cuándo... Cuándo van a enterrarle?

—Tan pronto como nos devuelvan su cadáver. El teniente cree que mañana ya podremos disponer de él. En cuyo caso será incinerado.

—Asistiré a la ceremonia. La llamaré por teléfono. ¿Quiere dármele?

—Sí, anote.

Le dio el número y añadió:

—Pregante por mí, Julie Blondell.

—Julie... Es verdad. Su padre también... también la había mencionado algunas veces. Estaba orgulloso de usted.

—Pobre, papá... Pasó la vida trabajando para darme los mejores estudios y ahora que tengo una buena colocación no quiso dejar el empleo, decía que todo ese dinero tenía que ser para mí, para tener una buena dote porque el dinero nunca estorba. Siempre quiso que supiera ganarme la vida por mí misma y llegar a lo más alto. Decía que no había diferencia para triunfar aun siendo mujer... Sí, siempre quiso darnos a todos lo mejor. Yo... le había pedido que dejara de trabajar. Y creo que al final lo hubiese conseguido.

John guardó silencio. Por primera vez vio humedecidos los ojos de Julie. Y con los recuerdos no era para menos.

John la comprendía perfectamente.

—Eramos una familia muy unida —añadió.

—Sí. Verdaderamente, por eso daba gusto hablar con él. En fin,

Julie... con toda sinceridad, cualquier cosa que yo pueda hacer...

—Gracias una vez más. Disculpe a mi madre.

—Lo comprendo, señorita Julie, lo comprendo.

John salió de la casa y regresó al coche.

Aquella visita le había afligido. Comprendía el dolor de aquella familia y aquello le hacía odiar más aún al asesino.

«Si pudiera encontrarle» —masculló para sí al poner en marcha el motor del automóvil.

En aquellos instantes tomó una decisión.

—Tengo que saber quién ha sido... Tengo que encontrar al asesino... Y voy a hacerlo —dijo en voz alta, expresando lo que pensaba.

Y aceleró.

* * *

En el puesto de policía correspondiente al Village, el teniente junto al agente Baccaro se hallaba en el despacho hablando con Lyn Brent.

—Naturalmente no se te hará ninguna pregunta sin que esté presente tu abogado.

—No necesito abogado y usted lo sabe. La palabra de ese borracho no puede ser admitida de ningún modo, y usted lo sabe, teniente.

—Adriano lleva una temporada sin beber.

—Es un alcohólico.

—Bueno, Lyn... No es que me guste hacer distinguos con nadie, pero sé quién es usted y he mandado llamar a su padre.

—¿Quién le ha pedido que lo hiciera?

—Creí que le gustaría.

—¡No! No me gusta. Sé arreglármelas solo.

—Lo he hecho por mi propia iniciativa. En cualquier caso quiero que su padre esté al corriente.

En aquel momento el timbre del teléfono interrumpió al teniente.

—Cójalo, Baccaro —pidió el jefe de la división.

El agente obedeció.

—Sí, Baccaro.

La voz al otro lado del hilo respondió:

—Acaba de llegar el inspector jefe de la División Central.

—Gracias.

Baccaro colgó e hizo un signo al teniente, que comprendió lo que quería indicarle.

Los dos hombres salieron del despacho. Lyn volvió a quedarse solo.

—¡Déjenme salir de una vez! Esto es un atropello.

La puerta volvió a abrirse y reapareció el teniente acompañado del inspector jefe.

Era un hombre alto, de sienes plateadas y mandíbula firme. Su aspecto demostraba una gran energía y firmeza de carácter.

De mirada severa y dura, clavó sus ojos en Lyn.

—Bien, inspector, supongo que preferirá quedarse a solas.

—Sí, gracias. Le llamaré enseguida —repuso el recién llegado.

El teniente cerró la puerta.

El inspector quedó frente a frente a Lyn, que le miró con una incipiente sonrisa.

Y fue el propio Lyn quien rompió el silencio para decir:

—Lo siento, papá. Yo no quería meterte en esto. No he pedido que vinieras.

Y el inspector jefe de la División Central de homicidios, el hombre que dirigía y tenía bajo sus órdenes una gran parte de la policía de Manhattan, miró duramente a su hijo.

CAPÍTULO IX

—Sabía que algún día me harías avergonzar —dijo Alastair Brent, tras un largo silencio.

Su hijo se encogió de hombros.

—Lo siento, padre, pero me han metido en esto sin tener arte ni parte. Jim puede confirmártelo.

—Jim Chapman. Otro que tal... ¿Sabes que la policía ha estado en su casa?

—Debe ser por el asunto del coche —repuso tranquilamente Lyn—. Nos lo robaron mientras estábamos en un local nocturno.

—¿Os lo robaron?

—Bueno, es suyo, pero lo llevo tantas veces yo que... ¡Je! Es un buen coche. ¿Lo han encontrado?

—Lo han encontrado, sí.

—Jim se alegrará y ahora, si lo deseas, puedes irte. No necesito tu influencia. Un tipo alcohólico dice que me vio salir del piso de arriba de mi estudio. Mataron a la propietaria. Yo apenas si la había visto un par de veces. Pero no quiero tu ayuda. Ni que te avergüences. ¿Me oyes?

—Sí. Te oigo, y no es necesario que me grites.

—Disculpa.

—Cuando pidas disculpas no lo hagas como si perdonaras a alguien...

—Deja entonces de hablarme como un policía.

—Lo soy aunque a ti te avergüence. Lo he sido durante mi vida y pienso retirarme con el orgullo de haber cumplido siempre con mi deber. Y quiero que sepas desde ahora que no he venido para protegerte ni pedir que tengan contigo ningún miramiento especial.

—¡Ya me extrañaba a mí...!

—Siéntate y escúchame... Quiero hablarte de algo referente a ese coche. ¡Y a mí quiero que me digas la verdad!

—¿Me has pillado alguna vez con una mentira?

—Eres un cínico, Lyn... Debí darte buenos azotes cuando los merecías. Ahora eres mayor de edad aunque andes por ahí como un

golfo, haciendo el vago. Te has gastado el dinero que dejó tu madre... Y andas a salto de mata. Ni siquiera sé de qué vives.

—Pequeños negocios.

—Negocios de los que pueden conducirte a la cárcel.

—No, padre. No temas. Sé cuidarme.

—Si alguna vez tengo que bajar la cabeza por tu culpa, Lyn... Creo que haré lo que no hice cuando eras un mocoso. Te molere a palos.

—¿Lo harás como policía o como... padre?

La paciencia de Alastair Brent se agotó momentáneamente. Su mano derecha sacudió con fuerza ambas mejillas de Lyn a derecho y de revés.

—¡No vuelvas a tocarme, padre! —gritó Lyn, apretando los puños.

—¡Siéntate y escucha!

Lyn siguió en pie.

—¡Que te sientes!

Al otro lado de la puerta llegaron los gritos del inspector. Baccaro sonrió y sacudió la mano mirando al teniente.

Su superior en la división murmuró:

—Que se las entiendan ellos. De cualquier modo, no podemos presentar a Lyn Brent al juez con la sola declaración del alcohólico. Haríamos el ridículo.

—¡Nada menos que el hijo de uno de los jefazos! Y vive como un gamberro. Para que luego digan...

En el despacho, Alastair Brent seguía en pie. Su hijo había tomado asiento y dejó hablar a su padre.

—¿Dónde os robaron el coche?

—Cerca de la *boîte*.

—¿*Qué boîte*?

—Blanco y Negro, en la calle cincuenta y nueve, oeste.

—Sí, sé dónde está. ¿A qué hora?

—¡Yo qué sé! Lo advertimos al salir, y llamamos a la policía.

—¿A qué hora salisteis?

—A las seis. Si preguntas a los camareros pueden confirmártelo...

—Ahora te pregunto a ti —atajó duro el padre de Lyn.

—Bien, sigamos.

—Sí, sigamos. ¿Qué hicisteis?

—Fuimos andando hasta... mi estudio.

—¿A pie?

—Sí... Para que nos diese el aire. ¿Pero a qué viene tanta pregunta? Lyn sabía de sobras adónde quería ir a parar su padre y era el momento en que debía mostrarse firme en sus contestaciones.

Por fin el inspector jefe explicó lo que Lyn sabía mejor que nadie.

—El «Cadillac» de tu amigo fue utilizado por dos asesinos.

—¡Vaya! No me digas.

—No te rías. Un empleado de un edificio murió asesinado a manos de uno de los hombres que escaparon en ese «Cadillac». Eran dos.

—¿Un empleado? ¿Y por qué le mataron? Bueno... Debía estar mezclado en algo sucio. Estoy seguro que lo averiguaréis.

Al ver que su padre le miraba fijamente añadió:

—¡Eh! ¿No irás a pensar que ando por ahí asesinando a la gente sin ton ni son, eh?

—Quiero saber dónde estuvisteis tú y Jim desde las seis hasta las ocho y veinticinco minutos.

—En mi estudio. Pero ¡bueno! ¿Es que van a cargarme todos los crímenes que se han cometido hoy en Nueva York?

—Además de tú y Jim ¿quién más había en el apartamento?

—Nadie más. Estábamos cansados. Queríamos dormir, y entre unos y otros no nos han dejado... Luego dicen que vivimos en un país libre.

—No salgas de la cuestión. Esto es grave.

—Bueno ya está bien, padre... Que me molesten por la de esa decoradora aún tiene un pase, al fin y al cabo éramos vecinos, pero un empleado... ¿Qué diablos me cuentas?

—Lyn... No es que te acuse ni que sospeche siquiera. Si pensara que pudieras haber sido tú... —Apretó los puños y tratando de mostrarse sereno concluyó—: No te haría las preguntas de esta manera, puedes estar seguro de ello. Lo que me preocupa es otra cosa.

—¿Qué?

—Que Chapman también está metido en esto. Los periodistas amigos del sensacionalismo van a crear un buen ambiente y es precisamente ahora cuando menos conviene...

—Tu reputación... claro.

—¡No es por mí! Pase lo que pase cumpliré con mi deber. Es por el prestigio del Cuerpo. No lo comprendes. Últimamente han desatado una campaña contra la policía. Una campaña negativa, claro está.

Los agentes se multiplican en su lucha contra el crimen, pero no pueden estar en todas partes a la vez. Cada día surgen más delincuentes. No. Tú no puedes entenderlo... Pero si te ves mezclado en esto saldrá mi nombre en letras de molde y te repito que no lo siento por mi persona, sino por lo que representa.

—Pues tápalo. Cuando os conviene tapáis las cosas, ¿no?

—Esos criminales, sean quien sean, serán descubiertos, aunque tenga que ser yo personalmente quien los encuentre.

—Estoy seguro que lo conseguirás.

—Sí, puedes estarlo. Pero entretanto saldrá el «Cadillac» de por medio y los reporteros os harán preguntas.

—Es eso precisamente lo que tú puedes evitar.

—¿Es todo lo que se te ocurre?

—Padre... Yo no sé nada de ese crimen... Además, los que han visto a esos asesinos, debieron dar alguna descripción.

—Sí.

—¿Alguno de ellos se parecía a mí?

—Las descripciones en estos casos se contradicen... Pueden responder a cualquier persona, joven, desde luego. El policía que anotó la matrícula del coche y que disparó dijo que corrían mucho y eso confirma la idea de que eran jóvenes y muy ágiles.

—De todos modos, las noticias corren pronto. Creí que no te ocupabas de asuntos de tan poca importancia.

—Me ocupo por lo que te he dicho hace un momento... Porque hay ese maldito «Cadillac» de por medio. —Hizo una pausa y añadió—: En fin... Si estás en algún apuro, si te has metido en algo sucio, dímelo. No dejes que las cosas vayan demasiado lejos. Voy a darte un margen de confianza... Si crees que ser padre es algo más que haberte alimentado, vestido y dado estudios para que fueras un hombre de provecho, habla, Lyn, procuraré entender tu lenguaje.

—No tengo nada que decir, padre... Sólo te pido... Bueno, de pedir nada, sólo quisiera que cuando lograra convencer a esos imbéciles de ahí dentro de que ni siquiera conocía a Laura Hunt, no tenga que someterme a otro interrogatorio por el asunto ese del crimen del empleado.

El policía no contestó.

Poco después abandonaba el precinto policial, siendo asaltado por un par de reporteros de los que suelen esperar en los puestos de

policía a que surja la noticia del día, y la visita del inspector jefe de la Central a aquel puesto era indicio de que algo ocurría.

—¿Algún asunto importante, señor Brent?

—¿Su presencia en la brigada del distrito se debe a algún asunto oficial?

—No tengo nada que decir —fue la escueta respuesta del inspector. Y en el despacho del teniente jefe de la brigada, Baccaro preguntaba:

—¿Qué hacemos con Lyn?

—De momento suéltale. Y procura encontrar nuevas pruebas.

—¿Contra el chico?

—¡Contra el asesino!

—Sí, señor.

Baccaro salió con cara de fastidio, luego al reunirse con su ayudante comentó:

—Al final siempre pagamos los platos rotos nosotros.

Poco después Lyn salía del puesto de policía. Alguien le reconoció.

—¡Eh! ¿No es el hijo del inspector jefe? —inquirió uno de los reporteros.

—¿Estás seguro?

—Juraría que le vi una vez en compañía de Brent...

Le llamaron. Brent contestó con un:

—¡Déjenme tranquilo!

Pero fue inevitable que se disparasen algunos *flashes* y que Lyn procurara cubrirse el rostro.

Salió a la calle y llamó a Baccaro.

—¡Eh! ¿Es que nadie va a sacarme a esa gente de encima?

Baccaro iba a encogerse de hombros, pero regresó hasta el pie de la escalera donde los dos reporteros intentaban hacer nuevas fotos de Lyn.

—Déjenme en alguna parte, lejos —pidió.

Baccaro lo metió en el coche que su ayudante puso en marcha.

—¿No le gusta salir en los periódicos?

—No —masculló Lyn.

—¿Dónde quiere que dejemos al señor?

—En la esquina. Ya está bien de su compañía.

—Sí. Ya veo que no le somos simpáticos. Su padre debe estar encantado con usted.

El ayudante de Baccaro detuvo el auto después de haber doblado la esquina.

Lyn saltó con una idea fija en la cabeza. Pensaba en las fotos que le habían hecho al salir del puesto de la policía.

Pensó que si su retrato salía en el periódico alguien podría reconocerlo... Alguien que hubiera estado en el *hall* del edificio a las ocho y veinte minutos de aquella misma mañana.

Buscó en sus bolsillos y sacó una moneda. Entró en una cabina pública y llamó al puesto de policía.

—¡Eh! Quiero hablar con cualquiera de los chicos de la Prensa. Soy Lyn Brent y tengo algo que decirles...

* * *

Veinte minutos más tarde los dos reporteros estaban en el estudio de Lyn con sus cámaras dispuestas a tomar nuevas poses.

El joven se dejaba fotografiar en las que le indicaban, sonreía, se volvía, se colocaba de perfil.

—¿Es suficiente? —sonrió al final.

—Sí, desde luego. Aprovecharemos las mejores.

—Muy amables. ¿Un trago?

—Nunca viene mal.

Y Lyn les sirvió dos generosas raciones de *whisky*.

—Pueden dejar sus cámaras y ponerse cómodos.

Los dos hombres aceptaron los cigarrillos que les ofrecía su anfitrión y tomaron asiento.

—¿Qué ha pasado en esta escalera? ¿Qué hace la policía aquí?

—Han matado a una chica ahí arriba.

—¿Tiene usted algo que ver?

—Claro que sí. ¡Soy el asesino! —sonrió.

—En serio. ¿Qué hacía en la comisaría?

—No puedo decirlo. Es secreto.

—¿Para qué nos ha hecho venir?

—Sigan bebiendo. En seguida lo sabrán.

Lyn estaba junto a la mesa donde los reporteros habían dejado sus cámaras.

Las tomó rápidamente.

—¡Eh! ¿Qué hace? —gritaron casi a la vez.

Con los dos aparatos corrió hacia el baño. Los periodistas se lanzaron tras él y comenzaron a aporrear la puerta.

—¡Devuélvanos las cámaras!

—¡Esto puede costarle caro, Brent!

Seguían aporreando la puerta.

—Abra de una vez.

Lyn reapareció con las dos cámaras abiertas y los respectivos rollos de película impresionada en la mano. Los había sacado a la luz para que se velaran.

—Tomen sus cámaras y largo de aquí. Cuando quiera publicidad ya les avisaré. ¡Largo!

De momento se había librado de que su foto pudiera: aparecer en los periódicos de la tarde, pero comprendió que las cosas se le ponían bastante feas.

CAPÍTULO X

Eran las tres de la tarde.

Priscilla entró en el despacho de John Aldrich con una sonrisa en los labios.

Era una muchacha más bien menudita, pero bien formada. Su cintura cimbreaba constantemente al andar.

Los zapatos de tacón alto la hacían crecer ocho centímetros más de estatura. Y sus piernas, no por cortas mal proporcionadas, lucían bien cinceladas bajo la falda «mini».

—¡Oh, Johnny!, gracias por haberme admitido. Tú secretaria me ha dicho...

—Sí, sí, Priscilla, siéntate por favor. Ya que estás aquí hablaremos de las condiciones. Supongo que mi secretaria te habrá dicho algo.

—Sí, Johnny. Y estoy encantada.

—Está bien. Empezarás la próxima semana. La muchacha que vas a sustituir cesa el viernes. ¿Te va bien?

—Cuando tú digas...

Otra cosa quiero que quede bien clara, Priscilla.

—¿Sí?

—Tu contrato de trabajo te liga sólo para lo que se te ordene que hagas en la oficina. Quiero decir que no me debes nada especial. Tenía que buscar a una empleada y tú me pediste el puesto. Gwendoline Marsh cree que puedes realizar el trabajo y por lo tanto no tengo nada que objetar.

—Comprendo, Johnny. Y te lo agradezco. Pero si quieres salir alguna tarde... No tengo inconveniente.

—No sé si voy a poder salir, Priscilla. Creo que voy a estar bastante ocupado.

—Si puedo ayudarte...

—De momento nada más, Priscilla.

La pizpireta muchacha salió y con su constante cimbreo se alejó del despacho casi al mismo tiempo que entraba Gwen.

—John, recuerda la llamada del teniente Earle para la identificación.

—Sí, sí. Ahora voy. ¡Ah! He dicho a Priscilla que empiece el lunes.

—Tomaré nota. ¿Te espero?

—No. Y tampoco vendré mañana. Te llamaré para saber cómo va todo.

—¿Qué piensas hacer?

—Investigar por mi cuenta.

—Déjalo en manos de la policía.

—Han intentado matarme una vez, Gwen. Y volverán a hacerlo. Esto no ha sido simple casualidad. Yo soy el mejor cebo para el asesino.

John Aldrich salió del despacho para ir a la División de Homicidios. El teniente Earle le aguardaba con varios álbumes de gentes fichada.

John examinó una a una las fotografías.

—Mírelo con calma. Examine a cada uno de esos hombres. Si duda sobre alguno, si cree que cualquiera de los que ve aquí es uno de los hombres que esta mañana estaban en el *hall* del edificio, dígalos sin titubeos. Se le detendrá y podrá verle personalmente. Tenga en cuenta que algunas de estas fotografías no son recientes.

John asintió y fue pasando una a una las fotos del primer álbum.

Por delante de sus ojos fueron desfilando los rostros de hombres comprendidos entre los dieciocho y los veinticinco años, fichados por distintos delitos.

Robos, asalto a mano armada, violación, tráfico de drogas, homosexualidad...

Durante dos horas, John examinó cerca de quinientos fotografías.

—No. Lo siento —dijo—. Ninguno de ellos me recuerda al hombre que habló conmigo.

—¿Y al otro?

—Ya dije esta mañana que fue al que vi menos. Salió a mi espalda y el conserje forcejeó con él. Todo fue muy rápido.

—Usted dijo que su aspecto era de poco más de veinte años, alto más o menos como usted.

—Sí. El que me preguntó si me llamaba John era así y estoy seguro de que le reconocería si le viera.

—Se puede hacer un retrato robot si nos lo describe.

—No hace falta. Lo haré yo mismo... Soy dibujante.

—Es verdad. ¡Adelante! Inténtelo.

Le llevaron papel y lápiz y John comenzó a trabajar. Echó algunos trazos, pero terminó por romper la primera hoja.

—No, no... Así de repente es bastante difícil.

—Esto es más difícil de lo que cree. Vaya por partes. ¿Cómo tenía el rostro?

—Más bien alargado.

—No confunda alargado con ovalado.

—No, no. Déjeme probar.

Intentó hacer un segundo dibujo. La forma de la cara le salió bastante bien a su juicio, pero no quedó satisfecho de los ojos.

—No. Tampoco era así. Sus ojos... eran... triangulares.

—¿Triangulares?

—No exactamente. Así... —Y con unos trazos trató de formar la forma de los ojos que él recordaba.

Luego murmuró:

—Lo haré en casa si no les importa. Estoy seguro de que me saldrá.

—Inténtelo, y si necesita ayuda avísenle, tenemos buenos técnicos.

—Descuide, teniente. Yo soy el más interesado en dar con esos tipos.

Y John salió del puesto de policía, cuando ya había oscurecido.

Tomó el coche y se dirigió a Brooklyn. Aparcó donde lo había hecho aquella mañana cuando fue a visitar a su ex socio. Sin moverse observó la casa.

Sobre el tercer piso sobresalía la buhardilla. Había luz. Esperó.

Bill era su única pista. No estaba muy seguro de que fuera él, pero si algo resultaba cierto era que Bill sin ninguna clase de duda le odiaba. Y por tanto era la única persona de la que podía sospechar.

Ni por un momento podía; imaginar cómo había sido planeado todo aquella madrugada, entre dos desocupados que sólo pretendían... divertirse, buscando sensaciones nuevas.

Sin embargo...

Sí. John Aldrich estaba dispuesto a llegar hasta el final, y a voluntad nadie le ganaba.

Mientras permanecía en su puesto trataba de revivir una vez más la escena de aquella mañana.

La imagen de Lyn se le aparecía un tanto oscura, como difuminada.

Y mientras tanto, los periódicos de la tarde informaban ya de los sucesos del día entre los que destacaba el crimen de la mañana, en

el *hall* del edificio, y también el asesinato de Laura Hunt en el mismo edificio donde tenía el estudio Lyn.

Había un comentario intencionado dirigido precisamente a Lyn Brent, al que se le mencionaba como hijo de unos de los jefes de la policía de Manhattan.

El autor del reportaje hacía hincapié en el asunto del velado de las fotografías y aprovechaba para atacar duramente a toda la organización policíaca de la ciudad.

El titular empezaba:

«ALGO HUELE A PODRIDO»

El inspector jefe Alastair Brent dejó el periódico sobre la mesa y llamó a la brigada del teniente Earle.

—¿Hay algo nuevo?

—Nada, señor. Aldrich estuvo viendo las fotografías, pero no ha podido identificar a ninguno de los dos hombres. Hacemos lo que podemos, señor, pero hasta el momento carecemos de indicios.

—¿Qué dice Aldrich?

—Nada.

—¿No ha dado ningún indicio?

—No.

—¿Se le vigila?

—Pues no.

—¿A qué esperan pues? ¿A que atenten con él por segunda vez?

—No creo que se arriesguen de nuevo, señor.

—Quiero que este hombre esté protegido día y noche... ¿Me ha oído, teniente?

—Sí. Sí, señor.

Earle colgó y lanzó un bufido.

—Este maldito asunto traerá más complicaciones que un cargamento de drogas. —Y tomó otra vez el teléfono para transmitir órdenes.

Entretanto...

CAPÍTULO XI

Eran las ocho y cuarenta y cinco minutos del mismo día cuando Jim llamó al estudio de Lyn.

—Tengo que verte —dijo apresuradamente.

—¿Dónde estás?

—En mi casa, pero salgo inmediatamente.

—¿Qué te pasa?

—Te lo diré en cuanto te vea. No te muevas.

—No tardes. Yo también iba a salir.

Jim tardó veinte minutos en llegar a casa de su amigo.

Había policía en la calle. El muchacho dudó un momento, pero se decidió a entrar.

Poco después se reunía con Lyn. Llegó jadeante, demudado.

—Bueno. ¿Qué pasa?

—Necesito un trago.

—Bebe lo que quieras y suéltalo. Pero date prisa. Voy a largarme de aquí... Sé que están al acecho para sacarme fotografías y esto podría ser fatal.

—¿Piensas irte?

—Sí, y lejos.

—Pero si huyes...

—¿Quién habla de huir? ¿Soy libre, no? A nadie le importa dónde voy, pero necesito ausentarme una temporada. Esto está que quema.

—Dijiste que todo saldría bien. A mí ya me parecía que lo veías demasiado fácil.

—Ha sido el maldito crimen del piso de arriba... Esto lo ha complicado todo.

—No es sólo esto.

—Para mí sí. Es esto. ¿Si no por qué me llevaron a la comisaría? Luego surgieron los malditos entrometidos de la Prensa y ya ves lo que dicen los periódicos.

—¡Te repito que esto no es nada!

—¿Qué te pasa? ¿Qué bicho te ha picado?

—Éste. ¡Toma! —Y le entregó una fotografía.

—¿Qué es esto?

Cogió la cartulina y miró.

Los ojos de Lyn se dilataron.

En la fotografía se veía a Jim Chapman bajo la columna del reloj del *hall* del edificio. El reloj marcaba las ocho y veinticinco minutos.

—¿Quién diablos...?

—Y esta otra —y Jim le entregó otra fotografía.

Era el momento en que Jim había sacado la pequeña pistola de dos tiros. El reloj podía verse señalando la misma hora con el segundero en otro sitio.

—Pero...

Jim aclaró.

—Forman parte de una película. Alguien lo ha estado filmando todo, Lyn. ¿Te das cuenta? ¡Estoy perdido!

—¡Un momento! ¿Quién te dio esto?

—Lo encontré en el buzón. Me llamaron por teléfono. Una voz extraña, como lejana. Me dijo que en el buzón había algo para mí, que me apresurara a recogerlo antes de que alguien pudiera descubrirlo. Colgó. Me encontré con esto. Iba en un sobre.

—¿Qué clase de sobre?

—Corriente. ¿Qué más da?

—No comprendo...

—Espera. Cuando volví a subir me llamaron otra vez... al cabo de unos minutos. La misma voz de antes me dijo que tenía una película entera. Que estaba dispuesto a vendérmela.

—¡Chantaje! ¿Pero quién diablos...?

—Eso es lo que digo yo... Sólo tú y yo sabíamos lo que íbamos a hacer, ¿no?

—¡Claro!

—Pues entonces... ¿Cómo puede ser que alguien estuviera allí como quien dice esperándonos?

—No lo sé. De veras. No puedo entenderlo.

—El tipo que tiene la película dice que tú también sales.

—¿Me nombró a mí?

—No. No dijo nombres. Simplemente habló de «mi amigo».

—Quisiera ver esta película.

—Dice que nos enviará una copia para que decidamos si nos

interesa el precio.

—¿Cuánto pide?

—Cien.

—¿Cien mil?

—¿De dónde vamos a sacar ese dinero, Lyn?

—Yo de ninguna parte, desde luego. Pero no hay que pensar en pagar.

—Entonces ¿qué? ¿Dejaremos que mande la película a la policía?

—Primero hay que ver esa película. Esta fotografía no demuestra nada.

—¿Es que no te das cuenta? En el reloj no sólo hay la hora sino la fecha...

—¡Esto no es una prueba...! No la aceptarían. Una foto puede trucarse.

—No, Lyn... Aun así. Empezarían las preguntas. No... De un modo u otro tenemos que conseguir el dinero.

—No pierdas la calma. Hay que reflexionar.

—No hago otra cosa desde que he visto las fotografías. Intenté localizarte.

—No estaba aquí, ya te digo que me voy. Claro que... primero quisiera ver esa película...

Alguien llamó. Jim tuvo un sobresalto.

—¡Maldita sea! Métete los nervios en el bolsillo, Jim.

Fue a abrir y apareció un mensajero. Preguntó si era Lyn Brent y al recibir la respuesta afirmativa el recién llegado repuso:

—¿Quiere firmar, señor? —dijo, entregándole un paquete y un albarán.

—¿Qué es?

—Para usted, señor. Entrega a domicilio.

Firmó, devolvió el albarán y cerró la puerta sin dar propina alguna. El mensajero masculló algo entre dientes.

Lyn desató el paquete, era una caja plana. Dentro había un rollo de película y una nota.

La nota decía:

«Si consideran que no vale el precio que he pedido, ofreceré esta superproducción gratis... a la policía.

Un saludo muy cordial de

El director».

—Y además tiene sentido del humor. ¡Vamos!

—¿Dónde?

—A pesar la película.

Salieron a escape, pero antes de llegar a la calle, Lyn recomendó:

—Cuidado cuando salgas. Hazlo con naturalidad. Esto está lleno de polis.

Lyn se había enfundado la gorra de visera, que se caló cuanto pudo. Al salir a la calle agachó la cabeza por si algún reportero intentaba obtener una foto suya.

Tomaron un taxi y Lyn dio las señas de un *drugstore*.

Quince minutos más tarde se hallaban en una sala privada de proyecciones.

—Queremos estar solos. No tema por la cámara. La trataremos bien. El empleado asintió y Lyn puso rápidamente la película en el proyector. Lo preparó y enseguida el foco iluminó la pantalla.

Tras unas imágenes generales del *hall*, aparecían los dos amigos hablando bajo la columna. Se mezclaban otras escenas de la multitud, y luego se veía el reloj.

El enfoque bajaba lentamente hasta encontrar a Jim bajo el reloj.

Aparecía luego Lyn, y se les veía hablar.

Todo pasaba ante sus ojos igual a cómo sucedió.

—Esto está cogido del lado de los ascensores.

—Lo sé...

—En estos sitios a veces suelen haber cameramans, trabajan para filmar escenas del ambiente que luego venden a las oficinas por si quieren algún reportaje. Es propaganda del emplazamiento, de las instalaciones... Claro que quien filmó esto no es un Alfred Hitchcock precisamente. Está bastante mal.

—¡Mira esto! —exclamó Jim.

Era el momento en que sacaba el revólver y corría hacia donde estaba Aldrich.

Se veía a Lyn hablar con él de la inmobiliaria e inmediatamente la intervención del conserje.

Seguidamente venía el forcejeo, los disparos y la huida.

Era todo.

La película había terminado. Apenas tres minutos de proyección en

los que se condensaba todo lo ocurrido. El crimen.

Lyn sacó la película, la guardó en el bolsillo y con el foco del proyector todavía iluminando la pantalla murmuró:

—Hay que saber quién filmó esto, Jim. Tiene que ser alguien conocido allí.

—¿Qué piensas?

—Tenemos que volver allí.

—¡No!

—Es necesario.

—Yo no vuelvo, Lyn. Es demasiado peligroso. Podrían reconocernos.

—Calma.

—No, no. Te digo que rió vuelvo.

—Entonces ve preparando los cien mil dólares.

—¿Y de dónde voy a sacar el dinero?

—Tu padre...

—¡Tendría que contárselo todo!

—Bueno. Aunque sea un buen abogado, ante una prueba como ésa no te salvaría. Preferirá pagar.

—¡Estoy atrapado!

—Probemos de ir al edificio. Si damos con el director de esa película... Le liquidamos y en paz. No le veo otra salida.

—Otro crimen...

—Esto o pagar. Claro que si el tipo ese entregara el negativo... sería más cómodo pagar. Se me ocurre que...

—¿Qué?

—Tu padre guarda bastante dinero en tu casa, ¿no?

—Sí, pero... ¿Qué quieres decir?

—Cobra sumas importantes que no siempre declara.

—Es por la cuestión de impuestos.

—Claro, claro... Así que si alguien le robara tampoco podría denunciarlo.

—No, Lyn... Eso no...

—Se trata de tu vida, Jim. Para mí puede significar la prisión perpetua, pero tú irías a la silla. De ésta no te salva tu padre.

—Lo sé, lo sé... Pero la caja tiene una combinación, y yo no la sé.

—Puedes averiguarla, ¿no?

—Sé que empieza por una cifra. Creo que son sus años. Cada año la

cambia, pero no sé más.

—¿Cuántas cifras tiene la caja?

—Seis.

—Bueno, es fácil probar. Intenta seguir con la edad de tu madre y luego con la tuya o viceversa... Recuerda fechas importantes... Intenta algo, Lyn.

—¿Y Si no hay este dinero?

—Toma lo que sea... El chantajista tendrá que conformarse. Además, Jim, se me ocurre que... ¡Sí! ¡Claro! Podrás devolver lo que robes. Primero entérate de la combinación, luego aguarda a que el tipo que hizo la película de señales de vida. Cuando lo haga, di que le llevarás el dinero. Iremos los dos. En cuanto tengamos lo que nos interesa... —Lyn sonrió astutamente y se llevó el índice al cuello y haciendo una señal simbólica de cortarle la cabeza, añadió —: Gggg.

—¿Es... la única solución, verdad?

—Sí, Jim. Creo que sí... Devolverás ese dinero. Ya verás. No todo tiene que salir mal siempre.

—Esto no me gusta, Lyn. No me gusta nada.

* * *

Dentro del coche, Aldrich seguía observando la casa de Bill. Al mismo tiempo ojeaba un periódico de la noche.

Había leído la reseña del crimen y el artículo sobre el comportamiento de Lyn Brent.

Estaba en donde hacía hincapié en cómo Lyn les había velado las fotografías cuando observó que la luz de la buhardilla de Bill se había apagado.

Soltó el periódico y puso toda su atención en la puerta de la escalera.

Imaginó que Bill iba a salir de la casa.

No se equivocó.

Bill apareció en la calle unos minutos después, caminó hacia su derecha siguiendo la dirección opuesta a aquélla en que se encontraba el coche de John Aldrich.

John hizo avanzar el vehículo lentamente.

Bill dobló la primera esquina y caminó deprisa hasta volver a girar

por una calle transversal.

Se detuvo en la parada de autobús y aguardó.

El coche de servicio público tardó un par de minutos en llegar. Bill lo tomó sin advertir que el coche de Aldrich continuaba tras él.

El autobús iba en dirección norte hacia Queens. Bill se apeó antes de llegar al túnel y caminó deprisa hacia una de las estaciones del *express* que cruza el túnel.

Aquello obligó a John a dejar su coche y seguir a pie.

Bill cogió el primer tren y John esperó a que las puertas estuvieran a punto de cerrarse para entrar en otro vagón.

El ferrocarril cruzó el túnel y no se detuvo hasta la calle cuarenta y dos, en el subsuelo.

Bill siguió en el vagón y John naturalmente hizo lo mismo.

La siguiente estación de enlace sirvió para que Bill hiciera trasbordo y a través del laberinto de pasadizos tomara otro de los expresos que cruzan el Hudson en dirección a Nueva Jersey.

John no perdió de vista a su perseguido.

Dieciocho minutos más tarde, Bill bajaba del tren y caminaba a buen paso hacia el hotel restaurante situado al fondo de la plaza.

John esperó fuera hasta que Bill desapareció dentro del establecimiento.

Rápidamente se acercó a uno de los ventanales en forma de escaparate y desde fuera trató de ver a Bill.

Tuvo el tiempo justo de verle entrar en el bar que quedaba a cubierto por la pared.

Entró en el hotel, dirigiéndose directamente al *hall* principal del restaurante para seguir al bar.

Desde la entrada observó el interior.

La luz muy tenue, apenas si dejaba distinguir a los clientes. Tal vez por aquello que alguien dijo una vez, que los americanos cuando entran en un bar es para beber hasta emborracharse y por ello no necesitan ninguna luz. Allí están solos con sus problemas que pretenden olvidar a base de la droga más barata y autorizada que existe: el alcohol.

Se adentró en el bar y enseguida comprobó que Bill no estaba.

En seguida observó que en el fondo y tras una cristalera se encontraban los reservados.

Eran propios para quienes querían conversar a solas, siempre con la

misma penumbra entre azul y roja de las bombillas indirectas que se hallaban en los lugares más inverosímiles.

Se aproximó hasta la mesa más próxima a la lámpara de cristal.

Durante un momento creyó adivinar la silueta de Bill. Luego escuchó su voz como un susurro:

—Me he retrasado. Lo siento. Tenía algo importante que terminar.

Una voz suave repuso:

—No importa, cariño. Sé que las cosas no te van muy bien ahora, pero todo mejorará.

—No sé...

—Yo tengo mucha fe en ti.

Sí. Aquello tenía todas las trazas de un diálogo amoroso. Un diálogo entre un hombre y una mujer enamorados.

John sintió repugnancia de estar escuchando. Sin embargo, no había ido a sabiendas de que oiría palabras de amor. Seguía una pista. Equivocada o no, deseaba descubrir la verdad.

Ella le decía:

—Pronto dejaremos de vernos a escondidas, pero tú sabes que ahora debe ser así.

—No me quejo.

«Un lío» —pensó John, y tuvo la sensación de haber perdido el tiempo de la forma más miserable. Se levantó de la mesa y salió de nuevo a la calle.

Al otro lado de la mampara, Bill estaba besando a la mujer con la que se había citado.

Las dos siluetas aparecieron fugazmente reflejadas tras los cristales biselados.

John caminaba lentamente hacia la estación cuando distraídamente observó al hombre que salió del portal.

Instintivamente tuvo la sensación de que aquel individuo enfundado en un abrigo oscuro le seguía.

Aceleró el paso y en vez de dirigirse a tomar el tren tomó una calle a la izquierda y echó una corta carrera.

Sobre la acera resonaron los pasos del hombre del abrigo oscuro.

¡Le seguían!

Dobló la próxima esquina y se metió en el hueco del portal de un garaje privado de un edificio.

Los pasos de su seguidor se acercaban.

John contuvo la respiración. Aguardó.

Los pasos del otro habíanse detenido en la esquina. Indudablemente su seguidor trataba de orientarse.

Siguió un par de metros con algún sigilo.

John seguía esperando.

El hombre continuó avanzando. Llegó por fin a la altura de donde se encontraba John.

Saltó sobre él, sorprendiéndole con su rapidez. Una llave inmovilizó a su seguidor por un momento.

Pero el otro, haciendo gala de una buena preparación atlética, se deshizo con una estudiada contrallave y parecía dispuesto a atacar.

John no quiso darle la menor ventaja y le arreó el primer puñetazo, que alcanzó al del abrigo oscuro en pleno mentón.

Cayó al suelo. John saltó sobre él.

—Estese quieto —farfulló el seguidor—. ¿Qué diablos pretende?

—¿Quién es usted? ¿Por qué me sigue?

—Vamos, hombre. No estoy aquí para hacerle ningún daño. Soy policía —y metió la mano en el bolsillo para extraer la credencial.

—¿Policía?

—¡Ordenes del teniente! ¡Con lo que nos costó dar con usted!

—¿Por qué diablos me siguen?

—Para protegerle.

—¿Desde cuándo?

—Desde que salió de Brooklyn.

—Hummm.

—No estaba ni en su casa ni en la oficina. Su secretaria dijo que había salido sin decirle dónde iba. Nos dio el número de su coche y se dio orden a todos los agentes de servicio para que echaran un vistazo. Descubrieron su coche en una calle de Brooklyn. Le pillamos por los pelos. Lo malo fue cuando tomó el tren.

—¿Por qué no me advirtieron?

—Amigo, estas cosas no hay que publicarlas. Se supone que está usted en peligro, ¿no?

—Tal vez.

—Bueno... Sabemos que seguía usted a alguien. Al teniente le gustará saber a quién y por qué...

—Es un asunto privado.

—Cuando hay un crimen de por medio no hay asuntos privados,

señor Aldrich. ¿Dónde vamos ahora?

—Yo a mi casa.

—¿Quién está en ese hotel?

—Nadie.

—Está bien, está bien. Allá usted. ¿Vamos?

John asintió de mala gana. Aquél era un asunto que quería llevar solo.

CAPÍTULO XII

Al día siguiente a las 10 de la mañana.

La ceremonia había terminado.

Tras la incineración fue entregado a la viuda y a su hija el pequeño cofre conteniendo las cenizas del difunto conserje.

La mujer, enlutada, apretó el cofre contra su pecho.

—Vamos, mamá...

—Les acompañaré en mi coche —se ofreció John, que tal como prometió había estado presente en la ceremonia.

Había algunos parientes en la capilla. Cuando se hubieron despedido, John acompañó a la esposa y a la hija hasta el coche.

Las dos mujeres se sentaron en la parte de atrás.

Un coche seguía al de John y Julie pareció darse cuenta.

—No se alarme. Es la policía. Ahora me vigilan día y noche.

—Comprendo.

Llegaron a la casa y Julie invitó a John a que subiera.

—Sólo estaré un momento —dijo él.

—Yo también. Siento dejar a mi madre sola, pero he de volver al trabajo.

—No te preocupes, hija. Estoy acostumbrada a estar sola. La vida continúa... —En medio del inmenso dolor, también la viuda había conseguido reaccionar y serenarse.

Poco después John y Julie volvían a salir. El la acompañó a su lugar de trabajo.

Ella explicó:

—Trabajo en la compañía exportadora del Bronx.

—Es una magnífica empresa, según creo.

—Estoy muy bien allí, señor Aldrich.

—Julie... No me cansaré de insistir. Si algo puedo hacer...

—Ha sido usted muy amable.

—No he hecho más de lo que debía y muy poco por cierto.

Luego continuaron en silencio.

Cuando John la dejó frente a la puerta de la empresa, murmuró:

—¿Puedo ir a visitarla alguna vez?

—Claro, señor Aldrich. Cuando usted lo desee.

El la miró profundamente y ella permaneció un momento aguantando aquella mirada y devolviéndosela con sus ojos grandes, profundos, tristes todavía.

* * *

Lyn y Jim estaban a bordo de un transbordador de los que cruzan el Hudson.

—¿Hay noticias? —inquirió el hijo del policía.

—Sí. El tipo me ha llamado. Dice que quiere el dinero esta noche.

—¿Dónde?

—En Riverside Drive, antes de llegar al puente. En un lugar llamado Queenstown o algo así.

—Sí. Es un viejo almacén. Lo oí nombrar algunas veces a mi padre. Creí que allí no había más que ratas. ¿Conseguiste probar con la combinación?

—Lo estuve intentando, pero me faltan las dos cifras finales. No concuerdan con la edad de nadie.

—Dos cifras no es difícil encontrarlas. Ve haciendo todas las pruebas. Mejor terminar de una vez esta noche —del bolsillo de la chaqueta negra de cuero sacó el pequeño revólver.

Jim cerró los ojos.

—No te preocupes, amigo. Esta vez me encargaré yo. ¿A qué hora tenemos que ir?

—A las once.

—Nos reuniremos delante del edificio de las Naciones Unidas. ¿Te han devuelto el coche?

—Lo tiene la policía. Buscan huellas.

—¿Te han hecho preguntas?

—Unas cuantas, sí.

—Y tú siempre has contestado lo mismo, tal como te he dicho.

—Descuida, lo he repetido todo como una lección.

—Entonces no temas, y sobre todo nada de nervios. Cuando hayamos solucionado esto te sentirás mejor y yo también, desde luego.

—Si mi padre abriera la caja y descubriera que le falta el dinero...

—Ojalá no lo haga.

—¿Crees de veras que podré devolverlo?

—Lo creo de veras, Jim. Estoy seguro. Cuando regreses, dejarás el dinero donde lo encontraste y nadie sabrá una palabra de nada — aseguró Lyn Brent.

* * *

El agente Baccaro pasó el informe a su jefe inmediato superior y añadió:

—He traído a Adriano...

El teniente, tras leer por encima las notas de Baccaro, exclamó:

—Hay que comprobar todo esto. Si fuera verdad...

—Yo diría que Adriano no miente, señor. Lo que ocurre es que tiene miedo. La verdad es que la vida no le ha tratado muy bien.

—Que pase, que pase... —espetó el teniente, deseoso de hablar con aquel hombre.

Y entró el hombre con su habitual tembleque.

Le rogaron que se sentara, y el teniente le preguntó:

—Repita lo que ha dicho al agente Baccaro.

—Es la verdad, señor... Pero tengo miedo. No me gusta Lyn Brent. De veras... No me gusta.

—Lyn no te hará ningún daño, para eso estamos nosotros, para protegerte.

El hombre dudó.

—Bueno —habló por fin—. Yo había salido a comprar unas cosas para la señorita Laura Hunt, y ella me dijo: «Esta mañana espero visita y quiero que no falte nada...».

—¿Y te dijo de qué visita se trataba?

—Sí, señor... Del vecino del piso inferior al de ella... Lyn Brent.

—¿Y compraste cosas para un almuerzo?

—Sí, señor. Ella me dio el dinero.

Baccaro hizo un inciso.

—Estamos completando el informe, teniente, pero hasta ahora, según hemos averiguado, Lyn debe dinero en muchas partes. Cuando está apurado recurre a su padre, pero poco. Utiliza a los amigos, pero sobre todo... a las amigas.

—Cuando el viejo sepa esto... —murmuró el teniente, refiriéndose al padre del joven, y añadió a Adriano—: Vamos, sigue... ¿Qué

más?

—Me entretuve bastante en comprar. Había gente y yo... voy bastante despacio.

—¿Qué pasó cuando regresaste?

—Pues que al subir la escalera oí ruido. Mucho ruido. Venía del apartamento de la señorita Laura Hunt y aguardé un poco. Vi abrirse la puerta del piso y me escondí en el hueco que hay en el corredor.

—Sí, hay un hueco —corroboró Baccaro.

—¿Por qué te escondiste?

—Porque me pareció que quien abría la puerta lo hacía con mucho cuidado, como si temiera que le viesan.

—¿Y a quién viste?

—A Lyn Brent, señor. Ya lo dije. Bajó rápidamente y se metió en su apartamento.

—¿El solo?

—Sí, señor, pero luego escuché y oí una voz que le preguntaba: ¿Has conseguido algo? Y Lyn respondía que sí.

—¿Jim Chapman? —murmuró el teniente, mirando a Baccaro.

—Está claro que le encubre —repuso el agente.

Lo que los policías no podían saber es que el alcohólico mentía. Mentía deliberadamente, pero ¿por qué?

—Busquen a Lyn y póngame con su padre —lanzó un suspiro y añadió—: Este asunto traerá cola.

* * *

En la otra brigada, el teniente Earle recriminaba a Aldrich.

—¿No se da cuenta? Estamos tratando de proteger su vida... ¿A quién diablos protege usted? Si sospecha de alguien tiene la obligación de informarnos.

—No tengo nada que decir, teniente. Si estaba en Brooklyn era por un asunto particular.

—Seguía usted a un hombre. Podemos averiguar dónde vive, pero esto podría espantar la caza... Es por su bien.

Pero Aldrich no quiso dar más detalles.

Poco después hablando con Gwen a la hora del almuerzo en la cafetería del edificio decía:

—Aunque lo intente no podría odiar a Bill, por eso no le denuncio. Si me equivocara sería el culpable de todas las molestias que le ocasionarían. Y no serían pocas. Se ha metido en más de un lío. No... No quiero perjudicarlo.

—El no haría lo mismo por ti.

—No me importa, pero no seguirá fomentando su odio hacia mí. Si consigo sacar algo en limpio... Si tengo pruebas de que fue él me las entenderé a mi modo, luego... allá él, porque entonces sí le denunciaré. George era un buen hombre y ha muerto.

—Creo que te comprendo, John. Pero ¿por qué no seguiste en ese bar de Jersey, anoche?

—Era una cita particular. Luego ya te conté lo del policía.

Se hizo un silencio que interrumpió Gwendoline para preguntar:

—¿Vendrás por la oficina esta tarde?

—No.

—¿Por qué no te tomas unas vacaciones?

—Después... Después tal vez lo haga. Tengo el presentimiento de que algo va a suceder. No sé, pero...

Se interrumpió.

Gwendoline le observaba en silencio.

* * *

Eran las once y treinta y cinco minutos de la noche cuando Lyn Brent y Jim Chapman se reunieron delante del edificio de las Naciones Unidas. Habían llegado por diferentes conductos.

Lyn lo había hecho con un coche.

—Es alquilado —dijo—. Puede que nos haga falta.

Puso el vehículo en marcha y tomó la dirección hacia Riverside Drive. El viaje se realizó en silencio.

Llegaron con quince minutos de antelación.

—Aguardaremos —dijo Lyn—. ¿Cuánto has conseguido?

—No mucho, creí que habría más. Cincuenta y cinco mil.

—Tú no digas nada. No le daremos tiempo a contarlos.

—¿Dónde estarás?

—No te preocupes. Apareceré en el momento oportuno —y sacó el revólver del bolsillo.

—Se oirán los disparos.

—¿Y qué? Cuando venga alguien ya estaremos lejos. Dejaré el motor del coche en marcha.

Se hizo un silencio.

A Jim la espera se le hacía interminable. Y como de costumbre, Lyn parecía el más tranquilo.

Y fue él precisamente quien rompió el silencio para preguntar:

—¿Te fue difícil dar con el último par de números?

—No. Era el 71... El año en que estamos.

—No está mal, no está mal.

Los segundos seguían discurriendo lentos, lentos.

Faltaban todavía diez minutos para la hora fijada por el chantajista.

CAPÍTULO XIII

Eran las once de la noche. Jim cruzó la calle y descendió la escalera hacia aquel lado de los muelles.

Sus pasos resonaron al picar sus zapatos contra la vieja escalera metálica.

Abajo todo estaba a oscuras.

Llegó al malecón y trató de habituar sus ojos a la oscuridad.

No vio a nadie. Ni a una sombra.

Llevaba en la mano el maletín con los cincuenta y cinco mil dólares que entregaría a cambio de la película.

Pero el chantajista no aparecía.

Aguardó otro par de minutos y avanzó hacia el edificio de madera en ruinas.

De pronto escuchó un resonar de pasos lentos sobre el suelo del malecón.

Entornó los ojos, como si con ello pudiera ver mejor. Los pasos resonaban por todo el ámbito y no podía precisar de dónde venían.

Acercóse hacia el edificio y escuchó las pisadas más cerca.

¡El chantajista estaba dentro!

Jim contuvo la respiración. Los pasos dejaron de sonar y de nuevo se produjo la incertidumbre.

Un minuto que a Jim le pareció una eternidad.

Otro minuto.

Otro.

Luego un ligero ruido.

Asomó un momento por el portal carente de puerta.

Una luz de la calle se filtraba por el techo en ruinas. Y de pronto...

Vio la sombra.

—¿Es usted...? —inquirió Jim.

Respondió la voz de su amigo:

—Soy yo, Jim.

—No lo entiendo... No hay nadie.

—No. No hay nadie.

—Me dijo a las once.

—Sí, Jim... Fui yo.

—¿Qué?

—Fui yo quien planeó todo esto. Lo siento, Jim.

—¿Qué estás diciendo?

—Todo fue idea mía, Jim. Tú tenías facilidad para obtener dinero y en cambio yo no...

—Pero...

—Necesitaba que cometieras un crimen para poderte obligar a esto... Eres demasiado nervioso y poco imaginativo. Tal como está tu estado de ánimo no te permite ver con claridad. Cualquiera puede hacer lo que quiera de ti. Pero desgraciadamente tu fin ha llegado. No te encontrarán, ¿sabes? Tu padre creerá que has huido con el dinero... porque tenías algo que ocultar.

La policía atará cabos y al fin encontrarán en algún lugar oculto en tu casa... ese revólver. Les será muy fácil comprobar que dispara balas idénticas a las que mataron al conserje.

—Lyn... ¡Lyn! No puedo creer que tú, mi amigo...

—¿Amigos? No, Jim... No existen los amigos. No existen. Al menos yo nunca he tenido ninguno. Alguien dijo que vivimos en una jungla y que sólo triunfa el más fuerte.

—Lyn, pe...

El balazo cortó sus palabras.

Jim cayó con los ojos abiertos, muy abiertos.

Lyn obró con la mayor rapidez. Llevaba algo pesado, chatarra unida a una cadena que enrolló en el cuerpo de Jim, que había soltado la maleta.

Lo arrastró rápido hacia las sucias aguas de aquel lado del Hudson y lo dejó caer.

Su cuerpo desapareció rápidamente.

Nadie parecía haber oído el disparo, pero Lyn no esperó; volvió al almacén. Recogió el maletín y se perdió por la oscuridad de los viejos y abandonados muelles.

Tomó un taxi y se hizo conducir al Village.

Silbaba alegremente, satisfecho de sí mismo. Le quedaban un par de cosas que hacer, aunque ignoraba lo que pensaban hacer con él.

La policía le estaba aguardando.

CAPÍTULO XIV

Apenas iba a entrar en la casa vio a Baccaro. Al principio no le dio importancia, pero al ver salir a otros agentes comenzó a recelar.

—¿Pasa algo, Baccaro? —inquirió Lyn, con una sonrisa y pensando ya en la forma de huir si las cosas se complicaban.

—No, si no haces tonterías... Tienes que acompañarnos otra vez y te advierto que tu padre ya está al corriente. Así que...

No concluyó, dándole a entender que no tenía a quién recurrir.

Lyn ya no lo dudó, retrocedió medio metro y emprendió la carrera hacia su izquierda.

—¡Seguidle! —gritó Baccaro.

El teniente que aguardaba en el interior de un coche ordenó ponerlo en marcha. Los faros iluminaron a Lyn corriendo desesperadamente calle adelante. Se detuvo de pronto y sacó el revólver. ¡Le quedaba una bala!

Disparó.

—¡Cuidado! —gritó el policía.

La bala se incrustó en uno de los faros y el cristal se hizo añicos.

Baccaro sacó el revólver y disparó a su vez.

El teniente asomó:

—¡Cuidado, Baccaro!

—Sólo pretendo asustarle, señor.

El coche seguía la marcha, Lyn comprendió que no tardarían en alcanzarle, pero afortunadamente para él, el Village, como una vieja ciudad europea, está llena de callejuelas, de estrechos callejones, de recovecos.

Lyn, buen conocedor del barrio, salía y entraba de los callejones, saltaba tapias.

La sirena de la policía no sonaba y esto era lo que más le extrañaba. Sólo el teniente sabía por qué.

El padre de Lyn había recomendado:

—Cumplan con su deber. Sólo les pido la máxima discreción.

El teniente ordenó dar la vuelta.

—Intentará cruzar al solar, le cerraremos el paso.

Lyn corría como si huyera del mismísimo diablo y para él así podía considerar a la policía.

Entonces con el dinero no quería que volvieran a complicarle. Lo tenía casi todo hecho y por una tontería no estaba dispuesto a dejarse cazar.

Llegó a otra bocacalle. Allí había una motocicleta. No dudó ni un momento en saltar sobre ella.

¡Pudo ponerla en marcha!

Dio gas a fondo y cruzó como una exhalación por delante del coche del teniente, que tuvo que frenar en seco, sorprendido por la velocidad de la motocicleta.

Y en el Riverside Drive, un agente descubría el coche que Lyn había dejado.

No era alquilado como había dicho a Jim. Lo había robado, expresamente para poderlo abandonar.

En pleno Manhattan la persecución continuaba, y el escaso tránsito de la medianoche facilitaba la huida de Lyn, que sacaba todo el partido posible de su vehículo de dos ruedas.

Doblaba esquinas sin importarle si eran calles de dirección contraria.

Sabía ya dónde podía ir. Dónde «tenía que ir».

Continuó en dirección norte, pero siempre dando vueltas.

El teniente comunicó por teléfono desde el coche:

—Bloqueen la parte norte. Salta de avenida en avenida, pero sigue la ruta norte. En este momento está a la altura de la cincuenta y nueve y se dirige hacia Lexington.

Poco después otro coche patrulla informaba:

—La motocicleta ha cruzado por el West Side a la altura de Broadway.

—No la pierdan de vista.

Más allá, otro coche informaba desde la calle setenta y dos.

—Sigue por la cuarta avenida.

—Va zigzagueando —murmuró Baccaro, que se había incorporado al coche del teniente.

Ellos se hallaban tres manzanas más al sur.

Por fin llegó la última noticia.

—La motocicleta la hemos perdido en la calle setenta y ocho —decía un agente a través de la radio.

—¡Rodeen la manzana! —ordenó el teniente—. Tiene que estar por ahí. Llegaremos dentro de un par de minutos.

Y el auto policial aceleró.

Y entretanto la motocicleta se hallaba en un callejón. Lyn trepó por una escalera de incendios hasta el primer piso de la casa, luego subió hasta el segundo.

Cuando llegó a la séptima planta se metió por una ventana.

Entró con sigilo. Era un dormitorio y la luz estaba apagada.

Al otro lado en el salón sí había luz, abrió poco a poco la puerta.

Una mujer se hallaba sentada en una butaca. Podía ver parte de su cabeza asomando por encima del respaldo.

—Buenas noches —saludó.

Ella se levantó con un sobresalto.

A John Aldrich le hubiese extrañado mucho, ver al hombre que había planeado su asesinato en compañía de Gwendoline.

CAPÍTULO XV

Los coches tenían bloqueada la calle, pero ninguno de ellos había hecho sonar la sirena.

Los hombres se estaban distribuyendo.

En el séptimo piso, Gwendoline exclamó:

—¿Qué diablos estás haciendo aquí?

—No hubiese venido de no ser absolutamente necesario. Me persiguen.

—¡Y no se te ha ocurrido nada mejor que entrar en mi casa! ¡Eres imbécil! Creí que podía fiarme de ti y encima me comprometes.

Gwendoline se precipitó hacia la ventana y miró a la calle. Vio asomar a los coches por las esquinas.

—¡Han rodeado la manzana!

—¡Nadie tiene que saber por qué estoy aquí!

—¡Lárgate, Lyn! ¡Vete de aquí! Te dije que quería un trabajo perfecto y en vez de liquidar a John Aldrich matáis a un conserje.

—¡De acuerdo! No conté con que alguien pudiera entrometerse, pero olvida esto ahora. ¿Sabes lo que hay aquí dentro?

Ella miró el maletín.

—Cincuenta y cinco mil... Es el resultado de la película que filmaste en el *hall*...

—Otra estupidez...

—No, querida. No fue una estupidez. Ahí está la prueba —y abrió el maletín. En el interior estaban los fajos de billetes usados, de diferentes cuantías.

Lyn añadió:

—Jim no anduvo muy rápido en lo de Aldrich, pero para el caso fue lo mismo. Por poco tengo que retrasarlo todo. Los polis me persiguen por ese maldito asesinato de la casa donde vivo.

Ella volvió a asomar.

—No se irán de aquí. Es peligroso que te quedas.

—Dame algo de beber, Gwen, y créeme, olvídate de Aldrich. Matar por venganza sin obtener beneficio es estúpido.

—Soy la hija de Arthur. ¿Sabes?

—¿Arthur? ¿Qué Arthur?

—Fue socio de John Aldrich... Cuando disolvió la sociedad, mi padre comenzó a beber. Necesitaba dinero... Mi madre estaba muy enferma, y él se había quedado sin nada. John no sabía que mi padre estuviese casado. Tiene ideas raras con respecto al matrimonio. Dice que cuando hay trabajo no puede uno vivir pendiente de la familia. John le advirtió a tiempo y mi padre guardó silencio... y la noche en que tomaron el dinero, papá lo necesitaba para mi madre.

—Ya me contaste esta historia otra vez. Pero ¿qué más da?

—A mí me importa, Lyn. La vida enseña y yo tuve que aprender mucho en poco tiempo porque después de la muerte de mi padre perdí a mi madre. Entonces juré que John Aldrich pagaría con la vida.

—Bueno... Ya ves que fallamos. Y ahora tal como están las cosas...

—No hago esto enteramente por nada, ¿sabes? Aldrich no anuló nunca el viejo contrato. Abrió su nuevo negocio con la misma licencia, por tanto oficialmente sus antiguos socios siguen teniendo derechos. Una vez muerto él, cualquier abogado puede arreglar las cosas... Del negocio me tocará un cincuenta por ciento.

—¿No te bastan cincuenta y cinco mil dólares?

—Claro, encanto. Pero si además consigo lo otro y ver muerto a John, mucho mejor. Y ahora vete.

—¿Y que me cacen cuando pise la calle, eh?

—Si a esa chica no la has matado tú, ¿por qué temes?

—No temo, pero dije que no me había movido de la casa, y como comprenderás no puedo ir a declarar: «Señores, no pude haber asesinado a Laura Hunt porque mientras alguien se entretenía en agujerearle la piel yo acompañaba a Jim Chapman a que matase a un conserje...».

Tras volver a asomar Gwendoline se volvió hacia Lyn.

—¡Han encontrado una motocicleta! ¿Es tuya?

—La cogí para huir.

—Están abajo. Se darán cuenta enseguida de que has utilizado la escalera de incendios. Es la única del callejón.

—¿Sólo piensas en ti misma, eh?

—No es eso, Lyn... Bueno, te daré ese trago, pero vete. En esta parte las casas todas tienen la misma altura, puedes escapar por el

tejado. Conseguirás llegar a la calle setenta y seis.

Ella avanzó hacia la mesa de los licores, abrió primero un cajón y sacó rápidamente un revólver.

—¡Y basta, Lyn!

Él sonrió.

—Debí suponer algo por el estilo de una víbora como tú. ¡Maldita zorra!

—Deja ese maletín y vete...

—Sabes que si me detienen hablaré...

—Hazlo y te condenarán.

—A los dos.

—Si te consuela de que nos detengan juntos... Haz la prueba, pero piensa que puedo disparar antes. Y luego decir que te has colado en mi casa y que he tenido que defenderme... ¿Sabes? Aldrich te reconocería. Estoy segura. Y no tardará en venir.

—¿Aquí?

—Sí, Lyn. Puesto que tú fallaste, me he propuesto acabar yo misma con él. Claro que ahora puede que me convenga más conservarlo vivo... Para que te identifique.

Se hizo un silencio. Ella avanzaba hacia Lyn, que a su vez retrocedía a la parte trasera.

De pronto sonó el timbre de la puerta.

Ella se volvió instintivamente.

Era la ocasión que necesitaba Lyn para jugarlo todo a una sola carta. Saltó sobre Gwendoline y ambos cayeron al suelo.

Ella se debatió utilizando las piernas como catapultas.

Lyn retorciéndole el brazo trataba de que ella soltara el revólver.

El timbre volvió a sonar.

Gwen gritó:

—Auxilio. ¡Socorro!

—¡Zorra! —masculló Lyn.

Desde el corredor John Aldrich, que era quien llamaba, pudo escuchar los gritos de la muchacha y llamó:

—¡Gwen! ¡Gwen! ¿Qué ocurre ahí?

Seguía el forcejeo entre la muchacha y Lyn. En el corredor de fuera John Aldrich cargó contra la puerta.

Lyn estaba a punto de conseguir arrebatarse el revólver a Gwendoline.

Aldrich cargó de nuevo con fuerza. La puerta cedió.

Aldrich entró como un alud.

Era el momento en que Lyn conseguía el revólver...

El recién llegado en aquellos instantes sólo pensaba en defender a su secretaria y se lanzó hacia el joven.

Lyn volvió el revólver hacia John Aldrich.

Sonó el balazo.

Pero fue al mismo tiempo que las manos de John se aferraron al brazo armado de Lyn.

Durante unos instantes los dos hombres forcejearon en el suelo. Estaban frente a frente.

John acababa de reconocer a su enemigo.

—¡Tú! Fuiste tú...

Aquella fugaz tregua cesó para volver ambos a pelear por la posesión del arma.

Lyn en aquella lucha que sabía se trataba de vida o muerte, consiguió empujar a su antagonista.

John al quedar desplazado vio el peligro más cerca que nunca, porque Lyn iba a apretar el gatillo.

John vio su posible salvación en la caja metálica que había sobre la mesita. Era un estuche para cigarrillos, lo tomó y lo arrojó contra su enemigo.

Lyn recibió el golpe junto al brazo. El revólver volvió a dispararse al caer al suelo.

El joven trató de cogerlo. John lo apartó de un puntapié y se lanzó seguidamente sobre Lyn.

De nuevo se enzarzaron en un cuerpo a cuerpo. John logró deshacerse y golpeó dos veces consecutivas el hígado de Lyn, que jadeaba agotado por el esfuerzo.

John, más entero, le derribó hacia la ventana de la parte trasera.

Lyn cayó contra el cristal, que se hizo añicos.

Viendo que se le echaba de nuevo encima, Lyn optó por correr hacia la habitación de Gwendoline.

John saltó tras él.

Lyn alcanzó el ventanal para intentar escapar momentáneamente por la escalera de incendio.

En su precipitación sus pies tropezaron con algo, quiso agarrarse a la barandilla, pero sus manos sólo se agitaron al vacío. Lanzó un

grito.

El último de su vida, que se prolongó hasta que su cuerpo hundiéndose en el abismo acabó por chocar contra el suelo.

John quedó unos momentos junto a la barandilla.

Abajo en el callejón comenzaron a encenderse focos. Eran los coches de la policía y luces supletorias.

John Aldrich volvió hacia el salón principal del apartamento de su secretaria.

—¿Qué hacía ese tipo en tu ca...?

No concluyó sus palabras. Ella le estaba encañonando con el revólver.

—Nunca se me presentará mejor ocasión que ésta —dijo.

—¿Qué significa, Gwen? ¿Qué es esto?

—Abajo está la policía. Han oído disparos... Creerán que Lyn ha podido matarte antes de caer... —Y retrocedió hacia la mesita. Tanteó con la mano y extrajo un pequeño tubo de acero que acopló al cañón, pero todo con inusitada rapidez.

Era un silenciador.

—Gwen... Tú...

—Soy la hija de Arthur.

—¿Tú la hija de...? Pero...

—Claro. Ni siquiera sabías que estaba casado. No crees en el matrimonio y piensas que los demás tienen que ser igual...

—Cuando digo esto pienso sólo en mí... Yo no sabía que Arthur... Pero Gwen... ¿Por qué?

—Mi padre murió por tu culpa. Tenía cuarenta y cinco años. Tú eras joven, disponías de todo... ¿Qué te importaban los problemas de los demás?

—Él nunca me dijo...

—No importa, John —cortó ella—. El tiempo se acaba. La policía estará aquí de un momento a otro.

Apuntó con firmeza.

John estaba desconcertado. Reaccionó sin embargo, en el último segundo. Sabía que su vida estaba en juego.

Delante suyo tenía la mesita de la que había cogido la caja para arrojarla contra Lyn.

Dio una patada fuerte y se hizo a un lado.

¡Flap! Sonó un disparo ahogado por el silenciador. El único, porque

Gwendoline cayó hacia atrás.

John la había alcanzado, arrebatándole el revólver.

—Gwen... Jamás hubiese supuesto que tú... pudieras tener que ver.

—¡Yo! Yo lo planeé. Conocía a Lyn, le expliqué la historia y con la promesa de dinero y de mi amor lo hizo...

—Gwen Todavía me cuesta creerlo. Tú... ¡Dios mío! Gwen... ¿Cómo has podido vivir con ese odio? ¿Cómo has podido...?

Se interrumpió, la puerta acababa de abrirse bruscamente.

Bill apareció con un revólver en la mano.

—¡Suelta el revólver, John!

—¿Eeh? —John se volvió de súbito.

Gwendoline reaccionó como una fiera salvaje. Se abalanzó contra John para quitarle *el* arma.

—Tú también... ¡Canalla!

—Veo que llegué a tiempo. He oído los disparos y he subido.

—Pero tú no vives aquí.

—Tengo alquilado un apartamento en el piso de abajo, por si acaso. Llevamos tiempo planeando esto. Lyn lo ha estropeado todo, pero no importa. ¡Vamos! Sigue adelante.

John dudó.

—¡Sigue, John! ¡Obedece!

Se volvió hacia Gwendoline.

—No te preocupes, Gwen. Cuando te pregunten, di que has tenido que luchar con Lyn... que había venido pensando encontrar a John Aldrich.

John intervino.

—La policía me ha visto entrar, Bill. Querrán saber dónde he ido.

—Ya lo sabrán, John... Ya lo sabrán —sonrió Bill, y accionó el gatillo—. ¡Vamos! Adelante.

Lo empujó con el cañón. John tuvo que seguir. Sabía que Bill viéndose acorralado acabaría disparando.

Y Bill le obligó a dirigirse hacia la escalera que iba directamente al tejado.

Cuando estuvieron arriba, la policía que había tenido que subir a pie porque la casa carecía de ascensor, como la mayoría de aquellas viejas casas de Yorkville, llegaba al corredor de la séptima planta.

En el tejado, Bill obligaba a John a retroceder hacia el borde.

—Un crimen tiene que ocultarse siempre con otro, Bill... No

escaparás de esto.

—Sí, John, sí. Lyn tenía que morir de todos modos, le hubiesen condenado por la muerte de Laura Hunt.

—¿Qué?

—Su vecina. Una decoradora. Allí conocí a Lyn y su forma de vivir... Cuando supe lo que me interesaba hice intervenir a Gwendoline... Pero Laura tenía un defecto imperdonable en una mujer. Los celos... Hacía escenas desagradables, gritaba y los gritos se oyen. Un día se olió algo. ¡Oh! No lo supo nunca todo, desde luego, pero sí se enteró de que Gwen y yo queríamos utilizar a Lyn para algo. Nos siguió y se convirtió en un peligro. Entonces surgió la gran idea... Cuando Lyn te estaría despachando a ti, yo me cuidaría de Laura Hunt... Adriano, un viejo alcohólico, por dinero es capaz de decir que ha asesinado a su propia madre. El acusó a Lyn... Ahora a mí me dejarán en paz... por los dos crímenes.

—¿Y cómo piensas deshacerte de mí?

—Ya se me ocurrirá algo. Y ahora vuélvete de espaldas.

—Bill. ¿Qué esperas conseguir con todo esto?

—Gwen y yo vamos a llevar el negocio, John. Ahora será nuestro. Todo nuestro... Y dispondremos del dinero como mejor nos parezca. ¡Vuélvete!

Lentamente John obedeció.

Bill evidentemente no quería complicarse la vida con un disparo y pretendía golpear a John Aldrich.

Avanzó hacia él levantando la mano para descargar el golpe que dejara a su ex socio sin sentido.

John comprendió que tenía que hacer algo si quería salvar la vida.

En el último momento esquivó el golpe y revolviéndose rápido intentó coger el brazo de su antagonista.

Forcejearon, pero Bill con mayor ventaja logró apartarle.

Tenía el revólver y sin medir las consecuencias apuntó para disparar.

Sonó el disparo.

John se hizo a un lado. Sin embargo...

La bala no iba dirigida a él.

Había sido del agente Baccaro, que desde la barandilla de ladrillo del tejado vecino había disparado.

Bill recibió el balazo en el hombro y cayó al suelo. Aquello

significaba el fin de todas las ambiciones, tanto de Bill como de la propia Gwendoline.

FINAL

John Aldrich salió temprano aquella tarde, días después de los últimos sucesos que hicieron verter mucha tinta sobre los papeles de los diarios de la ciudad.

Su nueva secretaria, la pizpireta Priscilla, siempre con la sonrisa a los labios preguntó:

—¿Vas a volver?

—No, Priscilla. Hoy no. Tengo una cita esta tarde.

—Creo que ya sé el nombre.

—Está bien, pues guárdame el secreto... Una buena secretaria debe guardar siempre los secretos, por eso se llama secretaria.

Ella sonrió. Él le guiñó un ojo.

Y Priscilla no se equivocaba lo más mínimo al suponer que la cita que tenía su jefe era con... Julie.

Aquella noche cenaron juntos.

Él le debía una explicación. Ella deseaba saber el porqué de todas aquellas muertes. Su padre había pagado sin saber por qué.

John quiso complacerla y explicárselo todo. Y además con gusto porque... ¿A qué negarlo? Julie era la muchacha que más le había impresionado de la larga lista de jóvenes con las que había salido.

—Lo planearon todo Gwendoline y Bill, y utilizaron a Lyn que a su vez se sirvió de Jim. Todos actuaron por interés... Una auténtica banda de canallas, egoístas... Y aquella noche que seguí a Bill, cuando pensé que tenía una cita amorosa... era ella. Lo han confesado como si se vanagloriasen de todo ello. Son enfermos, Julie. Verdaderos enfermos.

—Entonces... ¿Todo está claro?

—Sí. Todo... Pero si hubiese sabido lo de Arthur... Cuando propuse asociarnos llevaba mucho tiempo sin saber de él. No me dijo que estuviera casado y que su mujer estaba enferma. Y no es verdad, como ha repetido no sé cuántas veces Gwendoline, que yo me oponga al matrimonio... o que tenga prejuicios. Es que... siempre me ha gustado la libertad y he pensado que... Bueno, la verdad es que ha sido siempre una excusa para no dar esperanzas a nadie.

—Puede que no hayas encontrado nunca a la mujer de tu vida...

El la miró fijamente. Sonrió.

—No. Hasta hace poco, estoy seguro de que no la había encontrado. Y siguió mirando a Julie como jamás antes de entonces se había fijado en chica alguna.

FIN



María Victoria Rodoreda nació en Berga, provincia de Barcelona, aunque muy pronto se trasladaría a la capital, donde residió hasta su muerte, que tuvo lugar el 22 de julio de 2010 a los 79 años de edad. Allí conoció a su esposo, Juan Almirall Erliso (1931-1994)

que había comenzado a escribir guiones y novelas y fue quien la animó a presentar sus primeros trabajos en las editoriales, comenzando así una extensa trayectoria como escritora. Más adelante, y dado que la demanda de originales fue creciendo, extendiéndose a todos los géneros, ambos decidieron trabajar de forma conjunta. Como cabía esperar dado su lugar de residencia, María Victoria siempre se movió por las órbitas de las editoriales de la Ciudad Condal, Toray primero y más tarde Bruguera y Producciones Editoriales, heredera esta última de la también barcelonesa Ferma. Una peculiaridad de María Victoria Rodoreda fue su afición a coleccionar seudónimos, hasta el punto de convertirse en la más prolífica, en lo que a éstos se refiere, de todos los autores de ciencia-ficción popular españoles. Catorce en total. Los siguientes en orden de mayor a menor utilización: Marcus Sidéreo, Vic Logan, Rand Mayer, Al Sanders, Boris Marcov, Holm van Roffen, Ian de Marco, Joseph Lane, Mark Donovan, Rock

Marley, Douglas Kirby, John Talbot, Kent Duvall y John Randall. Este último, por cierto, era un seudónimo habitual de su esposo, pero fue ella quien lo utilizó para firmar la novela Cuando todo termine, número 8 de la colección Infinitum. Además de los ya citados bolsilibros de ciencia-ficción, su legado es muy extenso, abarcando la totalidad de los géneros: romántico, bélico, espionaje, policíaco, terror, oeste... sin que ni ella ni su esposo dejaran ninguno por tratar. Asimismo firmó con su propio nombre, M.

V. Rodoreda,

numerosos guiones para cómics de colecciones tales como Hazañas Bélicas, Serenata, Babette, El Dúo Dinámico, Hazañas del Oeste... Por último, adaptó guiones de cuentos clásicos editados principalmente por las editoriales Toray y Bruguera. A raíz del colapso de las colecciones de bolsilibros y de la práctica totalidad de la literatura popular a mediados de los años ochenta, que por lo general supuso un mazazo para todos los que habían hecho de ella su profesión, María Victoria se apartó del mundo editorial, mientras su esposo todavía continuaría vinculado a él durante algún tiempo alternándolo con otras actividades.